



Nuestra Iglesia de Bogotá sigue en proceso de

construcción

LA IGLESIA EN LA CIUDAD

PLAN E



PLAN DE EVANGELIZACIÓN
ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

Vivámoslo juntos

Guía de participación



Arquidiócesis de Bogotá

Vicaría de Evangelización

Documento N° 2

NUESTRO PLAN E SIGUE EN CONSTRUCCIÓN

Guía de participación



© *Derechos Reservados*

Arquidiócesis de Bogotá

NUUESTRO PLAN E SIGUE EN CONSTRUCCIÓN

Diseño e Impresión

*Instituto San Pablo Apóstol
Carrera 24B No. 29A-02 Sur
PBX 202 7919
www.ispaeducacion.edu.co*

Ciudad

Bogotá D.C., Abril de 2012



ORACIÓN POR LA CONSTRUCCIÓN DEL NUEVO PLAN ARQUIDIOCESANO DE EVANGELIZACIÓN

Señor Jesucristo,
tú que nos llamas a anunciar el Evangelio
y a transformar con su fuerza renovadora nuestro mundo,
haz que te reconozcamos presente y actuante en esta hora
en que nuestra Arquidiócesis de Bogotá, en sus 450 años,
por fidelidad a ti y a los hombres y mujeres de nuestro tiempo,
construye un nuevo plan de evangelización.

Acompáñanos, Señor, para que, como fruto de este proceso,
el camino de la Iglesia se haga más convergente
con el de aquellos a quienes nos envías.
Ayúdanos a escuchar con apertura de mente y de corazón Tu voz
en las voces de tantos que anhelan la redención.

Que instruidos constantemente por tu Palabra,
reconozcamos con lucidez los signos de los tiempos,
y en espíritu de conversión personal y comunitaria,
nos dispongamos a secundar con mayor docilidad y confianza
la acción de tu Espíritu en la Iglesia y en el mundo.

Haz que te reconozcamos en la Fracción del Pan
y en el hermano a quien debemos servir como el Buen Samaritano
para anunciar tu Reino mediante el servicio misericordioso,
la instauración de la justicia y procesos de reconciliación.

Amén.

María, Estrella de la Evangelización. Ruega por nosotros.

SIGLAS

- AG Concilio Vaticano II, Decreto *Ad Gentes. Sobre la actividad misionera*, 1965
- CT Juan Pablo II, Exhortación Apostólica *Catechesi tradendae*, 1979.
- DP III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Documento de Puebla*, 1979.
- DA V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Documento de Aparecida*, 2007.
- DGC Congregación para el Clero, *Directorio General de Catequesis*, 1997.
- EN Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, 1975
- MND Juan Pablo II, Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine*, 2004
- NMI Juan Pablo II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, 2001
- OA Pablo VI, Carta Apostólica *Octogésima Adveniens*, 1971
- PDV Juan Pablo II, Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis*, 1992.
- RH Juan Pablo II, Encíclica *Redemptor hominis*, 1979
- RMi Juan Pablo II, Encíclica *Redemptoris missio*, 1990
- SS Benedicto XVI, Carta Encíclica *Spe Salvi*, 2005

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

1. HEMOS INICIADO UN CAMINO
 - a. El punto de partida
 - b. El itinerario propuesto
 - c. El camino recorrido
2. ¿CÓMO LO ESTAMOS RECORRIENDO?
 - a. El método prospectivo estratégico
 - b. Esperanza cristiana, método prospectivo y evangelización
3. ¿QUÉ SIGUE HACIA ADELANTE?
4. ¿CÓMO LO VAMOS A PONER EN MARCHA?
 - a. Conocer, identificarnos y comprometernos con el Plan
 - b. Planificar la primera etapa
 - c. Programar el primer año
5. LUCES Y ACTITUDES CLAVES PARA EL CAMINO
 - a. ¿Qué es la evangelización?
 - b. ¿Qué es un “plan arquidiocesano de evangelización”?
 - c. ¿Qué exige de nosotros poner en marcha el plan?

PRESENTACIÓN

«¡Duc in altum! (“Rema mar adentro”). Estas palabras, con las que Jesús exhortó un día al apóstol Pedro, resuenan también hoy para nosotros y nos invitan a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro: «Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y siempre» (Hb 13,8).» (NMI 1)

Este mensaje del Santo Padre Juan Pablo II al iniciar el nuevo milenio expresa muy bien el espíritu y las motivaciones que nos mueven para llevar a cabo el proceso de construcción de nuestro nuevo Plan de Evangelización y celebrar los 450 años de la Arquidiócesis de Bogotá.

Es un tiempo de gracia y bendición en el que queremos recordar con gratitud el pasado, porque no somos los primeros, ni los únicos que nos preguntamos por la evangelización de nuestra ciudad; por el contrario somos herederos de una gran familia de evangelizadores que han gastado sus vidas para dar vida a nuestra ciudad. Y nos anima su testimonio.

Queremos vivir intensamente el presente, nuestro presente, el presente de Dios; el tiempo que el Señor pone en nuestras manos para que con la libertad de los hijos de Dios lo construyamos juntos, en la permanente acogida de su Reinado y en la generación de los frutos en la caridad y en la justicia para la vida del mundo.

Queremos abrirnos con confianza al futuro, al futuro de Dios, trascendente respecto a la historia, pero que incide también en la historia, como lo dice el Papa Benedicto. Queremos abrirnos al futuro que nos señala el misterio de la voluntad de Dios para con su Iglesia de Bogotá; misterio que se funda en el envío misionero que Jesús hizo a sus apóstoles el día de la ascensión, y en la promesa de su presencia y compañía todos los días de nuestra vida.

Queremos entonces “remar mar adentro” y, desde el esfuerzo de construir juntos este nuevo plan de evangelización, asumir la misión evangelizadora que hoy nos corresponde realizar como discípulos misioneros del Señor Jesucristo, desde nuestra memoria agradecida con el pasado, desde nuestra apertura confiada al futuro de Dios, y desde el discernimiento del tiempo presente, para identificar los signos y huellas de la presencia y de los planes de Dios, a los cuales queremos servir como Iglesia Particular de Bogotá, sacramento de salvación para nuestra ciudad y los municipios de oriente que están bajo su jurisdicción.

La feliz coincidencia de la celebración de los 450 años de vida de nuestra Iglesia Particular de Bogotá, nos anima y compromete. Este aniversario, que queremos celebrar como un prolongado año jubilar, es el mejor marco para la construcción y puesta en marcha del Plan, que como un instrumento, nos ayudará a alcanzar nuestros propósitos frente al presente y al futuro de Dios. Y dentro del contexto de este año jubilar celebraremos con la Iglesia Universal el Año de la Fe, cuyos objetivos y actividades estarán en sintonía muy seguramente con nuestros propósitos.

El presente documento nos quiere ayudar como una guía que nos permita reconocer el camino que hemos iniciado en la construcción de este Plan, nos ayude a descubrir el sentido de los pasos que hacen falta, y los compromisos y esfuerzos que nos exigirán. También nos da una luz sobre el sentido mismo de la evangelización y el modo como vamos discerniendo y comprendiendo la forma de llevarla a cabo

en nuestra ciudad región de Bogotá y en los municipios vecinos de oriente, siendo fieles a los planes que Dios ya está realizando en ellos y fieles a la vida, necesidades y aspiraciones concretas de todos sus habitantes.

Esperamos que al leer y releer estas páginas podamos despertar, acrecentar o impulsar el espíritu de conversión pastoral, personal y comunitaria, la docilidad a los planes de Dios para cada uno de nosotros y para la Iglesia en su conjunto y la fuerza de voluntad para llevarlos a cabo.

Que el Señor Jesucristo, que viene con nosotros nos comunique la fuerza de su Espíritu para ser sus fieles discípulos misioneros, evangelizadores del mundo urbano - rural de Nuestra Arquidiócesis, y que María Santísima, siga siendo estrella que guíe nuestros pasos en esta renovación de nuestra misión evangelizadora.

† Rubén Salazar Gómez
Arzobispo de Bogotá



1. HEMOS INICIADO UN CAMINO

«Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús... y mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos...»
Lc 24,13-16

EL PUNTO DE PARTIDA

«Acogiendo el impulso renovador del Espíritu Santo y bajo su guía, el Señor Arzobispo, Pastor de esta Iglesia Particular, nos convoca a discernir y a construir juntos, desde la realidad urbano - rural que vivimos y a la luz de la Palabra de Dios, un nuevo Plan de Evangelización para nuestra Iglesia Arquidiocesana de Bogotá, llamada a vivir como una comunidad de discípulos misioneros, en permanente actitud de conversión, en medio de la ciudad-región de Bogotá y su cultura.» Vicaría de Evangelización, Documento No. 1: Convocación p. 7

EL ITINERARIO PROPUESTO



EL CAMINO RECORRIDO

EL MOMENTO DE CONVOCACIÓN

1. Durante el año pasado vivimos el MOMENTO DE CONVOCACIÓN, que tenía como objetivo anunciar y presentar a la Iglesia Arquidiocesana este buen propósito e invitar a todos a participar en la construcción del Plan de Evangelización, con la oración, y con la vinculación a las actividades que se programarían para las consultas y el discernimiento. Se diseñó un símbolo que identifica este proceso, y se escogió un lema: “*Construyamos la Iglesia que Dios quiere y nuestra ciudad necesita*”, los cuales se estamparon en pendones que se pusieron en todas las parroquias, junto con la oración que se compuso.

El día 15 de marzo, el Señor Arzobispo, Monseñor Rubén Salazar, presentó por primera vez al presbiterio los objetivos y criterios generales del proceso y nos convocó a todos a iniciar este camino con entusiasmo y esperanza. En ese día se entregó el documento *Itinerario para la construcción del Nuevo Plan de Evangelización*¹. En los días siguientes se hicieron reuniones con distintos miembros de la familia arquidiocesana: laicos, religiosos y religiosas, diáconos permanentes, seminaristas, miembros de movimientos y asociaciones de fieles, dándoles a conocer el proceso que queríamos hacer e invitándolos a todos a participar. Se conformaron equipos de trabajo y se distribuyeron ciertas responsabilidades. Se abrió un espacio de información en la página de internet de la Arquidiócesis y se realizaron algunos programas por radio y televisión para seguir difundiendo la convocación.

Se publicó el llamado *Documento No. 1: Convocación*², en el cual se presentó de manera más completa lo que íbamos a hacer, la justificación, las opciones y los criterios metodológicos, los pasos del proceso, los organismos de coordinación y los espacios de consulta. Se definieron tres momentos del proceso: la convocación misma, la construcción del Plan Global y la puesta en marcha.

Este momento de convocación se prolongó a lo largo de todo el año.

EL MOMENTO DE CONSTRUCCIÓN DEL PLAN

2. Para el MOMENTO DE CONSTRUCCIÓN DEL PLAN se definieron cuatro pasos, de acuerdo con la metodología prospectiva-estratégica, que nos permiten alcanzar el objetivo de tener un Plan en sus aspectos globales y arquidiocesanos: un modelo ideal para llevar a cabo la evangelización en la Arquidiócesis de Bogotá, un diagnóstico pastoral, unos objetivos globales y unas estrategias y

1 El Documento: Itinerario para la construcción del Nuevo Plan de Evangelización, entregado ese mismo día se encuentra en la página oficial de la Arquidiócesis: <http://www.arquibogota.org.co/?idcategoria=40331>

2 Documento en la página oficial de la arquidiócesis: <http://www.arquibogota.org.co/?idcategoria=39908>

criterios generales para poner en marcha el Plan. Más adelante vendrá el tercer momento de “Puesta en Marcha” de esos objetivos globales.

Los cuatro pasos son: 1) configuración del futuro deseado, 2) mirada a la realidad presente, 3) confrontación futuro ideal realidad presente y 4) definición del camino.

3. En el mes de junio de 2011 se dió comienzo al **PRIMER PASO** con la realización en las parroquias del taller “*Imaginemos el futuro 1*” y más adelante con el taller “*Imaginemos el futuro 2*”. Los grupos parroquiales de consulta, orientados por los equipos parroquiales del plan, vivieron una grata experiencia de diálogo, de construir consensos y de compartir los anhelos y esperanzas sobre el futuro de la Iglesia y sobre el futuro de la ciudad. De igual manera se empezaron a realizar estos talleres en los otros cuatro espacios de consulta: los ambientes pastorales (universidad, colegios, infancia, juventud, pastoral social), los movimientos y asociaciones de fieles, los miembros de la vida consagrada y los ministerios ordenados (presbíteros, diáconos permanentes y casas de formación).
4. Hacia el mes de octubre, y mientras se terminaban de hacer los primeros talleres en algunos contextos, se dió comienzo al **SEGUNDO PASO**, con la realización de los talleres “*Miremos al Presente 1*” y “*Miremos al Presente 2*”. Como su nombre lo dice se trataba de hacer una mirada y construir un consenso sobre los hechos significativos que están afectando, positiva o negativamente el presente de nuestra sociedad urbana y de nuestra Iglesia Arquidiocesana.
5. Han sido aproximadamente ochocientos talleres, realizados con diversas técnicas, en los que han participado hombres y mujeres de las parroquias, presbíteros, diáconos, seminaristas, jóvenes universitarios, niños de la infancia misionera, religiosas y religiosos, sindicalistas, profesores y alumnos de colegios, miembros de movimientos laicales, de organizaciones sociales y jóvenes; todos han expresado, de una forma u otra, sus anhelos sobre el futuro de la evangelización y de la Iglesia en Bogotá, su mirada crítica sobre lo que está pasando en el momento presente, y sobretodo, en su gran mayoría, su conciencia sobre la necesidad de un cambio de rumbo en la manera de llevar a cabo nuestra misión evangelizadora, para responder al momento presente. También se han expresado los temores frente al cambio, frente a las propias limitaciones e incoherencias, frente a las tendencias que se convierten en obstáculo, frente a los sacrificios personales que exige la conversión pastoral y que a veces no estamos dispuestos a asumir.
6. Pero sobretodo, «*comienzan a percibirse* - escribió el Señor Arzobispo en su Carta Pastoral con ocasión del inicio del nuevo Año Litúrgico (2011-2012) - *los frutos de las reflexiones, el valor de la comunión que se teje y la fuerza de la participación que se suscita. Este proceso nos ha permitido encontrarnos y conocernos; escucharnos y construir consensos; caminar juntos y sentirnos corresponsables en la Evangelización. En la fidelidad de todos ustedes a lo largo del camino, veo manifiesta la fidelidad del Señor. ¡Gracias por su respuesta!*»³.
7. El día 10 de diciembre nos reunimos el Señor Arzobispo, los Vicarios Episcopales,

.....

3 La Carta Pastoral con ocasión del inicio del nuevo Año Litúrgico se encuentra en la dirección: <http://www.arquibogota.org.co/?idcategoria=42797>

numerosos sacerdotes y representantes de todos los espacios de consulta, mil personas aproximadamente, en el Auditorio del Colegio Nuestra Señora del Pilar, para celebrar los primeros pasos dados en este nuevo tiempo de gracia para la Iglesia de Bogotá. Hicimos memoria del camino recorrido y dimos gracias a Dios por su obra en nosotros. Recordamos el sentido de nuestro proceso, tomando conciencia renovada de cómo Dios está presente en la ciudad, sale a nuestro encuentro, y nos invita a ser sus discípulos misioneros, como en el camino a Emaús. Y reflexionamos sobre las actitudes que debíamos cultivar para continuar nuestro camino, sobretodo la virtud de la esperanza. Para culminar nuestro encuentro celebramos la Eucaristía y al final fuimos enviados por el Señor Arzobispo a continuar nuestro camino de construcción del Plan de Evangelización. Una manilla, un botón con el símbolo del Plan E y un cirio serán recuerdo de este encuentro festivo.

8. ¿Qué ha pasado con la información recogida, con las respuestas dadas? Toda la información, en la medida en que fue enviada al Comité Técnico fue organizada para la realización de los respectivos talleres de síntesis, tanto de las respuestas sobre el futuro, como del presente, hechos con todos los miembros de los comités responsables de las consultas: arciprestales, de ambientes pastorales, de movimientos, de la vida consagrada, del presbiterio, del diaconado permanente y de los seminarios. Estos talleres de síntesis se realizaron durante el mes de febrero de 2012 y nos han dado un listado organizado de las características ideales del futuro de la evangelización y un listado de los factores de cambio identificados en el contexto presente y que debemos tener en cuenta a la hora de discernir la voluntad de Dios sobre nuestra Iglesia.

«Porque nosotros somos cooperadores de Dios, y ustedes son el campo de Dios, el edificio de Dios. Según la gracia que Dios me ha dado, yo puse los cimientos como lo hace un buen arquitecto, y otro edifica encima. Que cada cual se fije bien de qué manera construye. El fundamento ya está puesto y nadie puede poner otro, porque el fundamento es Jesucristo.» 1 Cor 3, 9-11.

2. ¿CÓMO LO ESTAMOS RECORRIENDO?

«Él les dijo: «¿De qué discutís entre vosotros mientras vais andando?» Ellos se pararon con aire entristecido.

Uno de ellos llamado Cleofás le respondió:

«¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?»

Él les dijo: «¿Qué cosas?...»

Lc 24,17-24

EL MÉTODO PROSPECTIVO ESTRATÉGICO

9. Cuando se construye un plan de evangelización se sigue un método, es decir, unos pasos determinados que permiten su elaboración, con lógica y rigor. Entre los diversos métodos de planeación que existen, cada uno con sus cualidades y limitaciones, hemos escogido el método “prospectivo-estratégico”, teniendo presente el propósito de vivir este momento de nuestra historia arquidiocesana con una *“renovada orientación hacia el futuro, el futuro de Dios, trascendente respecto a la historia, pero que incide también en la historia”*⁴ y el carácter global que queremos dar al Plan.

Este método resulta de la combinación de elementos de otros dos métodos: el prospectivo y el estratégico. El elemento prospectivo, que es tanto una actitud como un proceso de planeación, es empleado en los pasos del discernimiento y el elemento estratégico nos ayuda para definir lo operativo.

a. La actitud prospectiva

10. La palabra “prospectiva” viene del latín *prospicere*, que significa mirar a lo lejos, y se refiere a la actitud de pensar, concebir y analizar el futuro para poder tomar decisiones y actuar en el presente; esta actitud se basa en la convicción de que el presente es heredero del pasado y el futuro se construye con las decisiones que se tomen en el presente; así como en el reconocimiento de la capacidad de hombres y mujeres para construir su propia vida y para intervenir y transformar la naturaleza y la misma historia; en la medida en que con su intelecto y su voluntad puede ejercer un control suficiente sobre las situaciones.
11. Junto a la actitud prospectiva existen otras actitudes que se pueden asumir frente a los cambios y al futuro: *la actitud pasiva, esquivada o indiferente*, que es la de quien espera que todo le llegue hecho o cuando suceden las cosas se esconde para ver si pasan los problemas sin ser afectado. También está *la actitud reactiva*, que es la de quien espera que las cosas sucedan para luego ir a buscar las soluciones o encarar los conflictos que surgen; y *la actitud pre-activa*, que es la de quien se prepara para que cuando lleguen los cambios del futuro esté en la mejor posición para afrontarlos. *La actitud proactiva o prospectiva*, por el contrario, lleva a analizar las posibles opciones de futuro, reconocer las tendencias, las herencias del pasado y los hechos significativos que pueden afectar el futuro y busca anticiparse a ellos, haciendo que las personas dejen

4 Benedicto XVI, Homilía en la beatificación de Juan Pablo II, mayo 1 de 2011.

de ser espectadores de los cambios y empiecen a ser generadores de cambios hacia el futuro.

12. La actitud prospectiva se identifica con la actitud que los miembros del Pueblo de Dios, fueron asumiendo frente a la historia, marcada por la presencia de Dios y sus promesas de salvación, como nos lo narran las Escrituras. El hombre y la mujer creyente tienen una visión dinámica de la historia, que los lleva a afrontar el presente, haciendo memoria de las intervenciones salvíficas de Dios en el pasado y reconociendo cómo las promesas de Dios van conduciendo la historia hacia un futuro que se presenta como fruto del diálogo entre la libertad humana y la gracia de Dios. La esperanza se hace una virtud activa y comprometida.

b. La planeación prospectiva

13. Aunque la sociedad no puede controlar completamente el futuro, sí puede tener influencia en el curso de los acontecimientos, a partir de explorar, crear y construir una visión posible y deseable del futuro, que permita generar planes a largo plazo que posibiliten acercar las circunstancias futuras “probables” a las “deseables”. La planeación prospectiva analiza entonces el futuro a partir del futuro mismo y establece acciones en el presente para alcanzar ese futuro. No busca predecir el futuro, sino intervenir sobre él, conociendo y analizando ampliamente la gama de futuros probables, posibles y deseables, y cómo pueden evolucionar; para ayudar a comprender e iluminar las decisiones y elecciones presentes, a identificar y evaluar medidas alternativas, en lo posible evitar errores, y aprovechar las oportunidades que se nos dan.
14. La planeación prospectiva aplicada a la evangelización busca examinar los diferentes rostros o escenarios que pueden darse en el mañana, discernir el que es más conforme con la obra que Dios está realizando en el contexto presente, para tratar de alcanzarlo juntos; con plena confianza en la Providencia divina, pero con un sentido de total corresponsabilidad de nuestra parte con la obra que Dios ya está realizando. Dirige su mirada hacia el futuro para comprender y discernir, en un contexto específico, en medio de sus luces y sombras, las promesas de Dios que jalonan la historia y las utopías que se han planteado como modelos (de Iglesia, de sociedad...); y busca caminar para alcanzar tal futuro ideal con la intervención estratégica de todos los actores socioeclesiales en la realidad presente, actores que desean acoger el futuro como un don de Dios.

c. La planeación estratégica

15. La planeación estratégica es un proceso creativo para identificar y realizar las acciones más importantes de una organización, teniendo en cuenta los puntos fuertes y débiles, así como los retos y oportunidades futuras; también puede definirse como un modo sistemático de gestionar el cambio y de crear el mejor futuro posible para una organización, desde la formulación de objetivos que determinen el camino a seguir.

Luego del discernimiento global sobre los desafíos de la tarea evangelizadora, algunas de las herramientas de la planeación estratégica nos ayudarán a precisar los caminos para llevar a cabo las opciones, los criterios y el manejo de los recursos necesarios.

ESPERANZA CRISTIANA, MÉTODO PROSPECTIVO Y EVANGELIZACIÓN.

16. Pero más allá de la parte técnica que contiene el método, la “actitud prospectiva” está en sintonía con una dimensión fundamental de la existencia cristiana, que queremos cultivar como fuente de renovación de toda nuestra acción evangelizadora en las circunstancias de cambio que estamos viviendo: la esperanza cristiana. Recordemos ahora algunos aspectos pertinentes sobre el sentido de la esperanza, que nos permitirán ver la razón de nuestras opciones y afirmaciones:

La esperanza es una virtud para afrontar el presente

17. Nos decía el Papa Benedicto en su encíclica Spe Salvi: «Según la fe cristiana, la «redención», la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino.» SS 1. Con estas palabras nos recordaba el Papa que quien tiene esperanza vive de otra manera; la certeza del amor incondicional de Cristo, que nos ha salvado y su promesa de participar en la vida eterna, nos hace abrirnos al futuro de Dios y encontrar en él la fuerza y el sentido para comprometernos con el presente, para afrontar los retos y desafíos que nos plantea. Esta esperanza es la que nos anima sobretodo en este proceso de construir un plan de Evangelización, el cual requerirá grandes esfuerzos para ponerlo en marcha; esfuerzos que asumiremos con la confianza puesta en que estaremos trabajando por la voluntad del Señor.

El presente está marcado por la realidad futura

18. La esperanza es entonces criterio para interpretar la historia humana como historia de salvación; y nos compromete a mantener una mirada atenta al momento actual, para reconocer las tendencias de futuro; para discernir en ellas los signos de la presencia de Dios y de sus planes; de tal manera que podamos secundar las iniciativas divinas y oponernos a las contrarias a su Reinado. Esta lectura de la historia a la luz de la fe nos permite entonces descubrir cómo el presente está marcado por el futuro de Dios, y cómo las realidades presentes repercuten en las futuras; cómo el misterio de la Pascua se actualiza en el devenir de la historia, haciendo de ella una historia de salvación, en la cual estamos llamados a participar por nuestro compromiso con el presente.

Las implicaciones de esto para la vida de la fe, nos las recordaba también el Papa: «La fe no es solamente un tender de la persona hacia lo que ha de venir, y que está todavía totalmente ausente; la fe nos da algo. Nos da ya ahora algo de la realidad esperada, y esta realidad presente constituye para nosotros una «prueba» de lo que aún no se ve. Ésta atrae al futuro dentro del presente, de modo que el

futuro ya no es el puro «todavía-no». El hecho de que este futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las realidades futuras repercuten en las presentes y las presentes en las futuras.» SS 7.

La esperanza se traduce en contemplación y acción

19. La esperanza nos lleva entonces, por un lado a la contemplación de Dios en el mundo, en medio de sus luces y de sus sombras, pero, por otro lado nos lanza, desde nuestra condición limitada, al compromiso creativo con el futuro anhelado, al trabajo abnegado, a la profecía, a la resistencia, al riesgo, al acompañamiento, hasta encontrar los caminos necesarios que contribuyan a la realización de los planes de Dios.
20. Esta doble dinámica que genera la esperanza la afirmaban los Obispos en Aparecida al referirse al desafío de la evangelización en las grandes ciudades:

«La fe nos enseña que Dios vive en la ciudad, en medio de sus alegrías, anhelos y esperanzas, como también en sus dolores y sufrimientos. Las sombras que marcan lo cotidiano de las ciudades, como por ejemplo, violencia, pobreza, individualismo y exclusión, no pueden impedirnos que busquemos y contemplemos al Dios de la vida también en los ambientes urbanos. Las ciudades son lugares de libertad y oportunidad. En ellas las personas tienen la posibilidad de conocer a más personas, interactuar y convivir con ellas. En las ciudades es posible experimentar vínculos de fraternidad, solidaridad y universalidad. En ellas el ser humano es llamado constantemente a caminar siempre más al encuentro del otro, convivir con el diferente, aceptarlo y ser aceptado por él.

El proyecto de Dios es “la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén”, que baja del cielo, junto a Dios, “engalanada como una novia que se adorna para su esposo”, que es “la tienda de campaña que Dios ha instalado entre los hombres. Acampará con ellos; ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos. Enjugará las lágrimas de sus ojos y no habrá ya muerte ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo antiguo ha desaparecido” (Ap 21, 2-4). Este proyecto en su plenitud es futuro, pero ya está realizándose en Jesucristo, “el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin” (21, 6), que nos dice “Yo hago nuevas todas las cosas” (21, 5).

La Iglesia está al servicio de la realización de esta Ciudad Santa, a través de la proclamación y vivencia de la Palabra, de la celebración de la Liturgia, de la comunión fraterna y del servicio, especialmente, a los más pobres y a los que más sufren, y así va transformando en Cristo, como fermento del Reino, la ciudad actual. » DA 514-516.

21. Entonces, la Evangelización que queremos planear y llevar a cabo encuentra su fundamento y sentido en estas convicciones que brotan de nuestra propia identidad como discípulos misioneros de Jesucristo: la confesión de **fe** en la presencia y acción de Dios en el presente de nuestra ciudad y de los municipios de nuestra Arquidiócesis, en medio de sus luces y de sus sombras; la **esperanza** en el proyecto de Dios, el futuro de Dios, que es la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén, que baja de lo alto y que ya está realizándose en Jesucristo, quien hace nuevas todas las cosas, y el **amor-misericordia** que nos compromete como Iglesia Particular al servicio de este proyecto de Dios, la Ciudad Santa, para ser fermento del Reino y así ir transformando en Cristo la sociedad urbano - rural actual.

22. Las herramientas que la metodología prospectiva-estratégica nos aportan, estarán al servicio de estas convicciones, y desde ellas también tendremos cuidado de ir más allá de sus limitaciones, como son el peligro de no dar a las situaciones presentes su peso y valor en el discernimiento evangélico, el peligro de entender la evangelización simplemente como la misión de una empresa que busca proyectarse estratégicamente en el mercado de las religiones.

3. ¿QUÉ SIGUE HACIA ADELANTE?

*«Al acercarse al pueblo a donde iban,
él hizo ademán de seguir adelante.*

Pero ellos le forzaron diciéndole:

*«Quédate con nosotros ,porque atardece
y el día ya ha declinado.» Y entró a quedarse con ellos.*

Lc 24, 28-32

23. El proceso de CONVOCACIÓN a toda la comunidad arquidiocesana debe continuar; puesto que más allá de un Plan, buscamos difundir un verdadero espíritu de renovación y de conversión en nuestra práctica evangelizadora, que revitalice nuestra vida personal y eclesial, y nos permita ser un verdadera comunidad de vida y esperanza para todos, fuente de luz y de salvación para la vida de nuestra ciudad región. Muchos se han enterado de nuestro propósito y han participado de una u otra manera en el camino que hemos iniciado. Hace falta sin embargo que muchos más conozcan este propósito y se sientan llamados a participar y a caminar juntos hacia este nuevo tiempo que queremos vivir en nuestra Iglesia y en nuestra sociedad. Quienes hemos participado de alguna manera somos los primeros que debemos estar motivados sobre el valor de lo que estamos haciendo y motivar a otros para que conozcan lo que queremos hacer y se sientan invitados a participar con sus propias cualidades y capacidades. Desde nuestra vida parroquial, en el grupo de oración, en el movimiento, pero sobretodo, desde nuestro trabajo u oficina, desde nuestro salón de clase, en nuestra propia casa, con nuestros vecinos, podemos ser una fuente de inspiración para que otros se involucren y participen, se acerquen y quieran vivir este tiempo de renovación.
24. En lo referente al aspecto técnico, luego de haber hecho una consulta a la comunidad sobre los anhelos de futuro y su mirada sobre el presente, llegamos al **TERCER PASO: CONFRONTACIÓN IDEAL FUTURO CON LA REALIDAD PRESENTE**, en el cual entramos en un fuerte momento de análisis y discernimiento, de interpretación de los datos recogidos y de reconocimiento a través de ellos de la voluntad de Dios para con nuestra Iglesia.
25. Para realizar este ejercicio de discernir la voluntad de Dios, lo que el Señor quiere y espera de la Iglesia de Bogotá y lo que la ciudad puede esperar de ella, tenemos como punto de partida; a) los anhelos del futuro de la evangelización, tanto en su entorno, como en su contorno, que la gente ha expresado; b) los hechos significativos del presente reconocidos como “factores de cambio”,

que debemos tener presentes; c) los documentos auxiliares sobre la realidad del país y de la ciudad de Bogotá y los datos más significativos aportados por los estudios sociales recientes; y d) el documento de fundamentación teológica del proceso.

26. Teniendo estas fuentes haremos el discernimiento en dos momentos:

- a) Un primer momento, que nos permitirá analizar e interrelacionar los datos e interpretarlos, para definir a la luz de los ideales que nos señalan la Palabra de Dios y el ideal de futuro compartido, las variables más significativas dentro del proceso de la evangelización, en las cuales será necesario intervenir para dar un nuevo rumbo a nuestra misión, acercando nuestro presente hacia el futuro que anhelamos. Con base en estas variables se construirán unos modelos sobre el futuro de nuestra evangelización que serán propuestos para el segundo momento de discernimiento con toda la comunidad arquidiocesana.
- b) Y un segundo momento en el que nos reuniremos en todos los espacios de consulta, en ambiente de oración y de búsqueda sincera de la voluntad de Dios, para discutir sobre los modelos del futuro de la evangelización que se nos proponen, escoger aquel que consideramos más conforme con la voluntad del Señor y hacer los comentarios necesarios y pertinentes que consideremos.

Con base en esta elección y teniendo presentes los comentarios hechos por toda la comunidad, haremos una redacción final del modelo escogido y enriquecido por el aporte de todos. Se trata de un modelo de Iglesia y de evangelización, que nos permitirá tener una visión de conjunto sobre lo que entenderemos por evangelizar en la Arquidiócesis de Bogotá, sobre los énfasis que reconocemos dentro del proceso evangelizador para ponernos al servicio de los planes que Dios está llevando a cabo, y el rostro concreto que queremos dar entonces a la comunidad eclesial como sujeto responsable de esa evangelización. Este modelo nos permitirá fijarnos objetivos globales, es decir que todos buscaremos, como discípulos y misioneros del Señor, desde nuestros distintos lugares y compromisos dentro de la Iglesia y dentro de la sociedad, así como los objetivos específicos en cada uno de los campos de la evangelización.

27. Escogido el modelo que consideramos como el futuro de la evangelización por el que queremos comprometernos a trabajar, pasaremos al **CUARTO PASO: DEFINICIÓN DEL CAMINO A SEGUIR**. Se trata nuevamente de un paso que exige discernimiento, pero ahora sobre los objetivos que nos vamos a proponer, los niveles y campos de nuestra acción, los criterios generales para llevar a cabo nuestros objetivos y sobre los caminos y las etapas que deberemos recorrer y alcanzar en el tiempo a corto, mediano y largo plazo. Para la realización de este discernimiento nos encontraremos nuevamente en talleres de diálogo y de consenso, en todos los espacios de consulta, para que en ambiente de oración y en espíritu de discernimiento, propongamos los caminos, estrategias y criterios que vemos más pertinentes, las etapas necesarias para alcanzar ese futuro que reconocemos como la voluntad de Dios para nosotros.

Recogidas las respuestas a esta consulta, haremos una síntesis de las mismas, y las organizaremos de tal manera que podamos integrarlas a todo el proceso que llevamos. Tendremos así la última parte de nuestro Plan de evangelización

en sus aspectos globales, que nos permitirá señalar los caminos y la manera como los vamos a recorrer para acercar nuestro presente hacia el futuro que anhelamos.

28. Cumplido el cuarto paso, podremos recoger los frutos de los esfuerzos hechos en un documento que nos permita identificar a) la realidad presente con la cual nos sentimos comprometidos, b) el modelo ideal de evangelización que anhelamos alcanzar en el futuro y que reconocemos como la voluntad de Dios para nuestra Iglesia Arquidiocesana, c) el diagnóstico que hacemos y los objetivos globales que nos proponemos entonces para nuestro trabajo, d) los niveles y campos de nuestra acción, e) las etapas del camino a recorrer y los tiempos que nos vamos a fijar y f) los criterios y estrategias que queremos asumir en toda nuestra acción evangelizadora. A este documento lo llamaremos **PLAN ARQUIDIOCESANO DE EVANGELIZACIÓN**.
29. Como le hemos venido diciendo, no se trata sólo de un documento, sino que se trata de un espíritu, de un horizonte común y desafiante, para llevar a cabo la evangelización, que se expresa a través de este documento. Espíritu que queremos que se infunda en todos nosotros y renueve nuestra vida, nuestras prácticas evangelizadoras, las haga más convergentes con la vida de nuestra ciudad-región. Espíritu que nos haga *«revitalizar nuestro modo de ser católico y nuestras opciones personales por el Señor, para que la fe cristiana arraigue, más profundamente en el corazón de las personas y los pueblos latinoamericanos como acontecimiento fundante y encuentro vivificante con Cristo.»* (DA 13) Horizonte que será fuente de sentido para todos nuestros pequeños y grandes esfuerzos, para nuestras iniciativas y para afrontar la complejidad de la misión que tenemos por delante como discípulos misioneros del Señor.
30. La elaboración de este *Plan Arquidiocesano de Evangelización* no será el final de un proceso, sino por el contrario será el punto de partida para iniciar una nueva etapa en la vida de esta Arquidiócesis, marcada por el deseo de ser una Iglesia viva y evangelizadora, desde un proceso de pastoral de conjunto, de articulación y de convergencia con los caminos de la vida del territorio de nuestra Arquidiócesis.

4. ¿CÓMO LO VAMOS A PONER EN MARCHA?

«Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: «¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!» Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan»

Lc 24, 33-35

31. Luego de tener un horizonte común, y de saber qué es lo que queremos hacer para llevar a cabo la misión evangelizadora en la Arquidiócesis de Bogotá, y cuáles serán nuestros criterios generales para llevarla a cabo, viene la tarea de poner en marcha esos objetivos comunes, a través del diseño y realización de un proceso de planificación de la primera etapa definida y de programación del primer año; que nos permitirá comenzar a caminar con pasos concretos hacia el futuro posible y anhelado que hemos discernido.
32. Pero como primera tarea será necesario dar a conocer a todos en la Arquidiócesis el contenido de ese Plan, despertando el espíritu misionero desde ese modelo ideal de Iglesia de Bogotá y de evangelización que hemos discernido como la voluntad de Dios para nosotros. Como lo hemos dicho, más que un plan, lo que buscamos es una nueva manera de entender y vivir la evangelización, y de trabajar juntos como Iglesia Arquidiocesana para realizarla. Con esta gran difusión de nuestros propósitos buscaremos el compromiso de la voluntad personal y el acuerdo de voluntades como comunidad eclesial, para que seamos cada uno de nosotros, los protagonistas y promotores del Plan E.
33. La Providencia Divina nos ha regalado la gracia de empezar a poner en marcha nuestro Plan en el momento en que vamos a cruzar el umbral de los 450 años de vida de nuestra Arquidiócesis; por esto se ha querido escoger la fecha del comienzo de esta festividad jubilar, once (11) de septiembre del presente año, como el momento de presentar a toda la comunidad el Plan Arquidiocesano de Evangelización y de iniciar los procesos de planificación y programación, de tal manera que dentro de este contexto festivo y de esperanza renovada hacia el futuro, pasemos el umbral hacia un nuevo tiempo de la evangelización en la Arquidiócesis.
34. De igual manera, vemos como providente la convocación que nos ha hecho el Santo Padre Benedicto XVI a celebrar en toda la Iglesia católica un Año de la Fe, a partir del once (11) de octubre del presente año, al mes siguiente de iniciado nuestro jubileo. Con seguridad el ambiente de reflexión y renovación de nuestra fe en el Señor Jesucristo que vivirá la Iglesia Universal es el mejor contexto para poner en marcha nuestro Plan.
35. Más adelante tendremos conocimiento de los calendarios y actividades específicas que nos permitirán vivir este tiempo de gracia. Por el momento es importante comprender los tres objetivos centrales dentro de este momento de poner en marcha nuestro plan:

a) Conocer, identificarnos y comprometernos con el plan

36. Poner en marcha nuestro Plan exigirá en primer lugar difundir entre todos nuestro Plan Arquidiocesano de Evangelización, generando una identificación con el futuro anhelado y con los objetivos propuestos, y despertando un sentimiento de corresponsabilidad personal y comunitaria frente al Plan. Será ocasión de una gran estrategia comunicativa que permita esta difusión y generar un ambiente de renovación y compromiso como miembros de una Iglesia Arquidiocesana. Muchos han participado y de distintas maneras en la construcción del Plan, y este proceso será la ocasión de ver el fruto de lo sembrado desde el trabajo de muchos, será la ocasión de ver en conjunto y de manera organizada los resultados, obtenidos por todos.
37. La base de todas las demás acciones se encuentra en el compromiso personal que asumamos, luego de conocer el Plan, y en la disposición para entrar en el espíritu y en la dirección que este nos señale.

b) Planificar la primera etapa

38. Junto al proceso de dar a conocer a todos el Plan, realizaremos el proceso de PLANIFICACIÓN de la primera etapa. La planificación busca definir la manera concreta como se van a llevar a cabo los objetivos definidos para cada etapa del camino; precisa los criterios, las metodologías, los recursos, los responsables y los planes de acción para cada nivel o campo de la evangelización. Se realiza por tanto la planificación de la primera etapa, cuya duración en el tiempo y objetivos serán definidos en el Plan. Será el momento de empezar a implementar algunos de los nuevos organismos o estructuras que se consideren necesarios. Sólo después de recorrer esa primera etapa y de hacer la respectiva evaluación, se hará una nueva planificación de la segunda etapa, para hacer los ajustes necesarios, los cambios que se vean prudentes o se reafirmen los criterios trazados.

c) Programar el primer año

39. El Plan nos señala los objetivos a largo plazo; la planificación nos define los objetivos y los medios más concretos a mediano plazo; y la PROGRAMACIÓN, nos da los objetivos a corto plazo, las acciones específicas que vamos a hacer, los responsables, los medios y los cronogramas inmediatos. El proceso de programación permite organizar el conjunto de las acciones que es necesario realizar, en cada nivel y campo de la evangelización, para alcanzar las metas intermedias que se han determinado para el cumplimiento de los objetivos de cada etapa. Es el aspecto más práctico y concreto de todo el proceso de la planeación de la evangelización. En este proceso cada nivel y campo de la evangelización elabora los programas necesarios para cada plan específico, las reglas y los procedimientos para implantarlos, la organización y el método de trabajo, se preparan los instrumentos y las técnicas, los responsables en los distintos niveles, se fijan los cronogramas y los criterios de evaluación.
40. Los plazos fijados para estos procesos son: La difusión de los objetivos del Plan de septiembre del presente año hasta Pentecostés del año entrante. La planificación, entre septiembre de este año y febrero del año entrante (2013),

y la programación entre marzo y junio del 2013. De tal manera que se puedan elaborar los materiales, organizar las estructuras, preparar los procesos para dar comienzo al primer año de vivencia de nuestro Plan en el adviento del año entrante. Estas fechas pueden diversificarse de acuerdo con los distintos planes que se programen, pero son una guía para tener presente.

PALABRAS QUE ILUMINAN NUESTRO CAMINO

Capítulo III Caminar desde Cristo: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Esta certeza, queridos hermanos y hermanas, ha acompañado a la Iglesia durante dos milenios y se ha avivado ahora en nuestros corazones por la celebración del Jubileo. De ella debemos sacar un renovado impulso en la vida cristiana, haciendo que sea, además, la fuerza inspiradora de nuestro camino. Conscientes de esta presencia del Resucitado entre nosotros, nos planteamos hoy la pregunta dirigida a Pedro en Jerusalén, inmediatamente después de su discurso de Pentecostés: «¿Qué hemos de hacer, hermanos?» (Hch 2,37).

Nos lo preguntamos con confiado optimismo, aunque sin minusvalorar los problemas. No nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: ¡Yo estoy con vosotros!

No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz. Este programa de siempre es el nuestro para el tercer milenio.

Sin embargo, es necesario que el programa formule orientaciones pastorales adecuadas a las condiciones de cada comunidad. El Jubileo nos ha ofrecido la oportunidad extraordinaria de dedicarnos, durante algunos años, a un camino de unidad en toda la Iglesia, un camino de catequesis articulada sobre el tema trinitario y acompañada por objetivos pastorales orientados hacia una fecunda experiencia jubilar... Sin embargo, ahora ya no estamos ante una meta inmediata, sino ante el mayor y no menos comprometedor horizonte de la pastoral ordinaria. Dentro de las coordenadas universales e irrenunciables, es necesario que el único programa del Evangelio siga introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial, como siempre se ha hecho. En las Iglesias locales es donde se pueden establecer aquellas indicaciones programáticas concretas —objetivos y métodos de trabajo, de formación y valorización de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios— que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura.

Por tanto, exhorto ardientemente a los Pastores de las Iglesias particulares a que, ayudados por la participación de los diversos sectores del Pueblo de Dios, señalen las etapas del camino futuro, sintonizando las opciones de cada Comunidad diocesana con las de las Iglesias colindantes y con las de la Iglesia universal.

Juan Pablo II, Novo Millennio Ineunte, enero 6 de 2001, No. 29



5. LUCES Y ACTITUDES PARA EL CAMINO

«Él les dijo: «¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?» Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras.»
Lc 24, 25-27

41. Al iniciar el camino de construcción de un nuevo Plan de Evangelización han surgido muchas preguntas; en primer lugar por el concepto mismo de “evangelización” y por el sentido de un “plan de evangelización”. Esto nos ha llevado a profundizar en el sentido universal que tienen estas palabras, para estar en capacidad de discernir precisamente durante este proceso el sentido particular y propio que pueden llegar a adquirir entre nosotros. En la medida en que reconozcamos lo que la Iglesia Universal entiende por evangelizar, podremos, escuchando y discerniendo nuestra realidad concreta, sus anhelos y necesidades, comprender lo que significa concretamente evangelizar en la Arquidiócesis de Bogotá.

¿QUÉ ES LA EVANGELIZACIÓN?

a) Jesús, primer evangelizador

42. Para comprender lo que es la evangelización volvemos la mirada a Jesucristo, primer evangelizador, que con su Encarnación, sus enseñanzas y milagros, con la convocación de los Doce y de los demás discípulos; con todo su estilo de vida, pero sobretodo con el desenlace de su vida, con su Pasión, Muerte y Resurrección y el don de su Espíritu, nos manifestó el Misterio del Amor Misericordioso de Dios por toda la humanidad y su voluntad de hacer partícipes de su comunión de vida y amor a todos los seres humanos.
43. Este Misterio de la presencia y de la acción misericordiosa de Dios en favor de los hombres y mujeres, del cual Jesús es portador, mensajero, testigo y profeta, es llamado por el mismo Señor: el “Reino de Dios”; criterio absoluto de su vida y de su acción, razón de ser de su misión y de la convocación de sus discípulos.
44. Este “Reinado de Dios” en la historia es un don del amor de Dios, que busca liberar a todo hombre y mujer de aquello que los oprime y lleva a vivir la vida en relaciones de comunión; generando una transformación, como germen y fermento, de toda la humanidad; que la abre, más allá de la historia, al misterio de la vida eterna, tal como lo expresó Jesús en las parábolas. Quienes se encontraron con Jesús, y abrieron su corazón a la conversión y a la fe, experimentaron en su vida este “reinado de misericordia” y vieron restablecida su comunión con Dios y con sus hermanos y hermanas; experimentaron así, cómo su historia personal se transformó en una historia de salvación.
45. Quienes han acogido este don han sido congregados por el mismo Jesús en una comunidad de discípulos, que se reúnen entorno al Señor, para buscar juntos

el Reino, servirlo, construirlo, y dar testimonio de él; una comunidad llamada “Iglesia”, que es fruto de la evangelización hecha por Jesús y, a la vez, es enviada por Él a evangelizar: «*Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.*» Mt 28, 19-20.

b) La Iglesia, comunidad evangelizada y evangelizadora

46. La Iglesia, constituida entonces como comunidad de discípulos misioneros, encuentra en la misión evangelizadora encomendada por Jesús su razón de ser más profunda: «*La evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia... Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar.*» EN 14
47. Desde el tiempo de los Apóstoles hasta nuestros días, la Iglesia ha caminado en el esfuerzo de cumplir su tarea evangelizadora a lo largo de la historia, buscando ser en Cristo un sacramento de salvación, signo e instrumento del Reinado del Señor, en medio de la diversidad de los contextos de la sociedad humana. Este camino ha sido recorrido pasando por muchas etapas, en medio de luces y de sombras, implementando distintas estrategias, siempre acompañada por la fuerza y la sabiduría del Espíritu.
48. Como Iglesia de Bogotá, hoy estamos llamados a realizar nuestra vocación de ser una comunidad de discípulos misioneros, que continuando la misión de Jesús, nos dejamos evangelizar, para ir a evangelizar a los hermanos con quienes compartimos la vida en esta la ciudad-región de Bogotá.

c) La evangelización y los “modelos de evangelización”

49. **Evangelización** es, entonces, el conjunto total de las acciones de la Iglesia, que siguiendo el mandato del Señor Jesucristo, buscan servir al Reino de Dios, presente y actuante en un contexto específico. Pablo VI lo describe en estos términos: «*Cuando la Iglesia anuncia el reino de Dios y lo construye, ella se implanta en el corazón del mundo como signo e instrumento de ese reino que está ya presente y que viene*» EN 59.
50. La evangelización, como servicio que la Iglesia presta al reinado de Dios, se puede comprender como un programa único; del cual Juan Pablo II dice: «*El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Jesucristo, conocido, amado y seguido, para vivir en él relaciones de comunión y transformar la historia hasta la Jerusalén Celeste.*» NMI 29. Pero ese programa único asume rostros distintos, matices diferentes, dependiendo de la manera como el Reino de Dios se desarrolle dentro de un contexto y, por tanto, de la manera como la Iglesia, en diálogo con la cultura y la historia de ese contexto, lleve a cabo su servicio al Reino en medio de esas circunstancias. Por eso hablamos de distintos “**modelos de evangelización**”, que serán fruto del discernimiento y de la práctica evangelizadora en los distintos contextos donde se ha llevado a cabo la misión encomendada por Jesús a su Iglesia; serán fruto de las diversas formas de llevar en cada contexto al encuentro con Cristo, para

vivir en Él relaciones de comunión y ser fermento de transformación evangélica.

51. Las Iglesias Particulares están llamadas a realizar este discernimiento sobre los “modelos de evangelización”, como lo señala también el Papa: «*Dentro de las coordenadas universales e irrenunciables, es necesario que el único programa del Evangelio siga introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial, como siempre se ha hecho. En las Iglesias locales es donde se pueden establecer aquellas indicaciones programáticas concretas —objetivos y métodos de trabajo, de formación y valorización de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios— que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura.*» NMI 29 (cf. AG 6). La construcción de un nuevo Plan de Evangelización Arquidiocesano es la ocasión precisamente para diseñar juntos un nuevo “modelo de evangelización”, una manera original y propia, para llevar a cabo la evangelización con todas sus dimensiones esenciales, en nuestro contexto urbano concreto; y para generar los procesos, medios y organismos que lo hagan posible. ¿Qué desafíos, que criterios, qué acentos, qué rasgos debe asumir la Iglesia de la Arquidiócesis de Bogotá para generar un encuentro con Cristo, en medio del mundo urbano y rural que la caracteriza, para vivir en él relaciones de comunión y, ser germen y fermento de transformación de la historia de nuestros municipios, de nuestra ciudad y de nuestro país? Esta es una de las preguntas que nos ponen en camino.

d) Dimensiones de la evangelización

52. Como vemos entonces para que una acción de la Iglesia sea “evangelizadora” debe desarrollar tres dimensiones esenciales y complementarias; debe llevar al encuentro y seguimiento de Cristo, debe generar o cultivar desde Cristo relaciones de comunión con los otros y debe ser en Cristo fermento de transformación evangélica de la vida personal, social o del entorno, de acuerdo con la dinámica del Reino. Cada acción evangelizadora que se planee y se lleve a cabo debe de alguna manera tener presente estas tres dimensiones, aunque en algún momento se visibilice más una dimensión que las otras. De igual manera es esencial el discernimiento para saber dar a cada dimensión las formas concretas, los métodos, el lenguaje más adecuado, para entrar en el diálogo evangelizador con la cultura y el contexto propio de cada Iglesia Particular; discernimiento que busca hacerse de manera integral dentro del proceso de construcción de un Plan Global de Evangelización. ¿Cómo entender entonces estas dimensiones de la evangelización? Existen unas características universales, pero igualmente en este proceso de construcción del Plan nos preguntaremos por los matices propios que estas dimensiones de la evangelización deben asumir a la hora de pensar en la evangelización en la Arquidiócesis de Bogotá.

♦ Dimensión de encuentro personal con Jesucristo

(“que Jesucristo, sea conocido, amado y seguido...”)

53. La evangelización es un proceso para llevar al encuentro con Jesucristo; para conocerlo, amarlo y hacerse su discípulo, así como les pasó a los apóstoles y

demás amigos del Señor, durante su ministerio público. «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva.» DCE 1. Por esto, la razón de ser de todas las acciones evangelizadoras de la Iglesia está en llevar a un encuentro con Cristo, que genere o alimente una conversión, una voluntad decidida de ser su discípulo y asumir su proyecto de vida, de vivir en comunión con otros ese mismo proyecto y la necesidad de comunicar a otros, con gratitud y alegría, el don de este encuentro (cf. DA 278).

54. Pensar en la evangelización implica entonces, no sólo pensar en las acciones que hace la Iglesia para llevar al encuentro con Jesucristo, sino pensar además en la respuesta humana, libre y consciente que ella pide, y que recibe el nombre de “fe-conversión”. “Evangelización” y “fe-conversión” son dos aspectos inseparables y deben pensarse de manera conjunta; más ante el nuevo contexto que vivimos, donde lo religioso se ha transformado y lo “cristiano” ya no aparece como algo evidente en la vida de la sociedad, algo que se transmitía por herencia cultural y que hacía pensar que se “nacía siendo cristiano”, sino como un asunto de libertad, de opciones y de convicciones personales, que es necesario propiciar y acompañar.
55. «La fe es, ante todo, conversión a Jesucristo, adhesión plena y sincera a su persona y decisión de caminar en su seguimiento. La fe es un encuentro personal con Jesucristo, es hacerse discípulo suyo. Esto exige el compromiso permanente de pensar como Él, de juzgar como Él y de vivir como Él lo hizo» (DGC 53). La fe lleva consigo una verdadera y profunda transformación de la mente y del corazón; cambio de vida o conversión que se manifiesta en todos los niveles de la existencia del cristiano. La fe y la conversión brotan del corazón, es decir, de lo más profundo de la persona humana, afectándola por entero. La fe es don de Dios, que nace en el ser humano como respuesta libre y consciente, a la iniciativa de Dios de amar y de llamar al ser humano a la comunión. Pero también es respuesta humana, porque requiere la libertad y acogida generosa de ese don por parte del ser humano. La fe es dinámica; es un don destinado a crecer: «La adhesión a Jesucristo da origen al proceso de conversión permanente que dura toda la vida» (DGC 56).
56. Al pensar en la evangelización hoy ya no se puede dar por supuesta la conversión. Esta debe ser suscitada y acompañada. Si se descuida la conversión como opción primordial por Cristo y por su Reino, que da base a toda la vida cristiana, será muy difícil dar el paso de ser católicos “por costumbre” a ser católicos por conversión y convicción.
57. La evangelización está al servicio de este dinamismo de la fe, al servicio del proceso de conversión permanente; y por esto se distinguen diversas etapas en su realización: a) **La etapa misionera**, que acompaña y sirve a los procesos de apertura a la fe, de despertar el interés por Jesucristo y su Evangelio, y de conversión inicial como opción fundamental. b) **La etapa de acción catecumenal**, que acompaña el momento de iniciación y fundamentación de la vida en Cristo, hasta llevar a una profesión de fe viva, explícita y operante. Y c) **La etapa de acción pastoral** que acompaña y sirve al proceso de crecimiento permanente

en la fe y de dar frutos de testimonio por el servicio e incidencia en el mundo (DGC 48-49; 56-57).

58. Parte integrante de la identidad cristiana y como fruto del encuentro con Cristo también está el llamado a participar en la misión del Señor: *«El discípulo, a medida que conoce y que ama a su Señor experimenta la necesidad de compartir con otros su alegría de ser enviado, de ir al mundo a anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado, a hacer realidad el amor y el servicio en la persona de los más necesitados, en una palabra, a construir el Reino de Dios. La misión es inseparable del discipulado, por lo cual no debe entenderse como una etapa posterior a la formación»* (DA 278e)

Esta dimensión misionera de todo bautizado es lo que Aparecida nos invita a despertar y renovar, para que podamos afrontar los desafíos que las nuevas circunstancias del mundo le hacen a la evangelización.

◆ Dimensión de comunión

(“... para vivir en él relaciones de comunión...”)

59. La evangelización es un proceso marcado por la experiencia y la vivencia de “la comunión”, en su origen, en sus procedimientos y desarrollos, y en sus fines; por cuanto la vocación al discipulado misionero es con-vocación a la comunión en la Iglesia y con toda la humanidad (Cf. DA 154-163). La evangelización brota de la comunión de amor que hay en la Trinidad, entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que quiere ser compartida como un don a toda la humanidad (Cf. DV 2). La evangelización continúa la misión de Jesús, de llevar a todos los hombres y mujeres a la salvación y a la comunión entre sí y con Dios Padre. La Iglesia, como sujeto responsable de esa misión evangelizadora, actúa como signo e instrumento de la salvación y de la comunión de los seres humanos entre sí y de ellos con Dios, mediante todas sus experiencias comunitarias y las acciones que realiza para proclamar, comunicar, celebrar y construir, con todos los hombres y mujeres, el don de la comunión (Cf. LG 9).
60. La comunión, que es un don de Dios, se expresa en las relaciones de justicia, equidad y solidaridad para con todos y con la creación, en relaciones de unidad en la diversidad y de diversidad en la unidad, en relaciones de igualdad en la dignidad, y diversidad en las formas de participación. Ante todo la comunión, como la Eucaristía, sacramento de la comunión, quiere ser una espiritualidad, un modo de ser, que pasa de Jesús a sus discípulos y por su testimonio, se irradia a la sociedad y a la cultura (cf. MND 25). Quiere ser una mirada al Misterio de la Trinidad que habita en nosotros y cuya luz ha de ser reconocida en el rostro de los hermanos, a quienes acogemos y reconocemos como un don, y a quienes damos un espacio en la vida, más allá de toda actitud egoísta (cf. NMI 43).
61. La vida de comunión, que la evangelización busca promover, se vive tanto al interior de la Iglesia, en sus distintos niveles, como en la vida de la sociedad. Al interior de la Iglesia la comunión se vive *“en y a partir de la Iglesia particular”* (CD 11) con la Iglesia universal, y simultáneamente con las parroquias, con las pequeñas comunidades y movimientos (en la multiplicidad de sus formas), y con la propia familia. Por esta razón la Iglesia Particular se convierte en el *“sujeto”* global, orgánico y dinámico de la Evangelización por su condición de porción

del Pueblo de Dios, de Cuerpo de Cristo y de Templo del Espíritu Santo. La vida de comunión se vive desde la participación en todas las actividades de la vida de la comunidad: los momentos de oración y de las celebraciones litúrgicas, los momentos de compartir con los hermanos, los momentos de ser solidarios con aquellos que sufren, los momentos de reunirnos para escuchar y discernir la Palabra de Dios, los momentos de planear y organizar la vida misma de la comunidad. Y al exterior de la Iglesia, la comunión con toda la humanidad la vivimos actuando como germen y fermento de la unidad de la familia humana, y de todos y todas con Dios. Comunión que se expresa por la participación en la construcción de la ciudad terrena, como ciudadanos y ciudadanas, en la espera de la llegada de la Jerusalén Celestial (cf OA 10-12).

62. Reconocemos, además, que es una comunión ministerial, porque se vive desde la participación y el compromiso de todos los fieles cristianos, quienes ponen al servicio de los demás los ministerios y carismas que han recibido del Espíritu Santo para la edificación de la misma comunidad y para el servicio al mundo. De ahí la evangelización busca siempre proponer y cultivar dichos carismas y ministerios para fomentar la comunión y la participación; especialmente los ministerios ordenados, y la vida consagrada, servicios esenciales en la vida de la Iglesia.

◆ Dimensión transformadora

(“...y transformar la historia hasta la Jerusalén Celeste”)

63. *«Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad: «He aquí que hago nuevas todas las cosas». ... La finalidad de la evangelización es por consiguiente este cambio interior... alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación... lo que importa es evangelizar... la cultura y las culturas del hombre... El Evangelio y, por consiguiente, la evangelización no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura, y la construcción del reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas.» EN 18-19*
Estas palabras del Papa Pablo VI subrayan, sobretodo, la finalidad y la dimensión transformadora que tiene la acción evangelizadora y cuyo ámbito más propio es el de la cultura y las culturas del ser humano: *«evangelizar, no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces, la cultura y las culturas del hombre.» EN 20.*
64. La evangelización se plantea entonces como un diálogo, una interacción entre el Evangelio y las culturas, cuya finalidad es la transformación, la purificación y la elevación de las mismas, en todo lo que se refiere a la dignidad humana y cuyo gestor y mediador es la comunidad eclesial, quien actúa como sacramento de salvación.

65. Benedicto XVI lo expresa de la siguiente manera: *«Llevar a este mundo turbado el testimonio de la libertad con la que Cristo nos ha liberado (cf. Ga 5, 1). La extraordinaria fusión entre amor de Dios y amor al prójimo embellece la vida y hace que vuelva a florecer el desierto en el que a menudo vivimos. Donde la caridad se manifiesta como pasión por la vida y por el destino de los demás, irradiándose en los afectos y en el trabajo, y convirtiéndose en fuerza de construcción de un orden social más justo, allí se construye la civilización capaz de frenar el avance de la barbarie. Sed constructores de un mundo mejor según el “ordo amoris” en el que se manifiesta la belleza de la vida humana.»*⁵.
66. Aparecida insiste en esta dimensión, recordándonos que la vida nueva que brota del encuentro con Cristo *«toca al ser humano entero y desarrolla en plenitud la existencia humana en su dimensión personal, familiar, social y cultural... No podemos concebir una oferta de vida en Cristo sin un dinamismo de liberación integral, de humanización, de reconciliación y de inserción social»*; de ahí que pueda entenderse la evangelización en términos de un servicio a la Vida Plena en Cristo para todos los seres humanos. (cf. DA 347-359). Ya lo afirmaba Pablo VI, cuando también decía: *«La evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social, del hombre. Precisamente por esto la evangelización lleva consigo un mensaje explícito, adaptado a las diversas situaciones y constantemente actualizado, sobre los derechos y deberes de toda persona humana, sobre la vida familiar sin la cual apenas es posible el progreso personal, sobre la vida comunitaria de la sociedad, sobre la vida internacional, la paz, la justicia, el desarrollo; un mensaje, especialmente vigoroso en nuestros días, sobre la liberación (...) al predicar la liberación y al asociarse a aquellos que actúan y sufren por ella, la Iglesia no admite el circunscribir su misión al solo terreno religioso, desinteresándose de los problemas temporales del hombre; sino que reafirma la primacía de su vocación espiritual, rechaza la substitución del anuncio del reino por la proclamación de las liberaciones humanas, y proclama también que su contribución a la liberación no sería completa si descuidara anunciar la salvación en Jesucristo.»* EN 29;33.
67. No es posible entender la evangelización sin esta dimensión transformadora, sin discernir y reconocer las implicaciones que debe generar en la historia y en la cultura. Hablar de un encuentro con Cristo, sin la generación de una vida plena, de comunión y de un compromiso transformador de la historia y del contexto donde se actúa, es desconocer y descuidar la integralidad que caracteriza la obra de Dios en nosotros y que debe caracterizar la acción de la Iglesia al servicio del Reino; sería separar la indisoluble unidad que existe entre amor a Dios y amor al prójimo.

e) Los procesos de evangelización

68. La acción evangelizadora, con sus tres dimensiones, sólo puede ser llevada a cabo, en virtud de la misma condición humana, en procesos, que deben mantener la unidad y la complementariedad. Procesos que han sido creados,

.....
⁵ Benedicto XVI, Mensaje para el Segundo Congreso de Movimientos y nuevas comunidades, mayo 22 de 2006

implementados, enriquecidos, renovados por la misma Iglesia a lo largo de su historia, y que se van adaptando a las diversas circunstancias del contexto y de la cultura de los pueblos, como lo ha hecho y lo debe seguir haciendo la Arquidiócesis de Bogotá en sus distintas épocas. Pablo VI en la Evangelii Nuntiandi, mencionó algunas orientaciones a la hora de pensar en esos procesos: a) La Buena Nueva debe ser proclamada, en primer lugar, mediante el testimonio (EN 21); b) Pero es necesario un anuncio explícito (EN 22); c) Y hay que caminar hacia una adhesión vital y comunitaria de la fe (EN 23); d) y hay que dar impulso nuevo al apostolado (EN 24). De la misma manera Aparecida menciona un itinerario formativo de los discípulos misioneros (cf. DA 240-300). La construcción de nuestro Plan de Evangelización nos exigirá pensar y delinear el proceso propio, contextualizado y encarnado, que consideramos como el camino para llevar a cabo nuestra tarea evangelizadora en todos sus campos.

f) Principios y criterios generales de la evangelización

69. En cuanto la evangelización responde a la condición sacramental de la Iglesia, debe seguir unos principios y criterios que le son inherentes a su naturaleza, especialmente a su dimensión transformadora:
70. ♦ El principio fundamental de la evangelización, de sus contenidos, procesos y métodos, es que es un **servicio en favor del Reino de Dios**, de acuerdo con los valores y dinamismos liberadores de ese mismo Reino y para que ese Reino se instaure en toda la humanidad. Por esto Aparecida, cuando describe lo que significa la conversión pastoral dice: «*La conversión personal despierta la capacidad de someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de Vida.*» DA 366.
71. ♦ **La docilidad al Espíritu Santo**, protagonista de la evangelización es también un principio fundamental, como lo afirmó Pablo VI: «*Puede decirse que el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización: Él es quien impulsa a cada uno a anunciar el Evangelio y quien en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender la Palabra de salvación. Pero se puede decir igualmente que Él es el término de la evangelización: solamente El suscita la nueva creación, la humanidad nueva a la que la evangelización debe conducir, mediante la unidad en la variedad que la misma evangelización querría provocar en la comunidad cristiana. A través de Él, la evangelización penetra en los corazones, ya que Él es quien hace discernir los signos de los tiempos —signos de Dios— que la evangelización descubre y valoriza en el interior de la historia.*» (EN 75).
72. ♦ La evangelización sólo puede ser llevada a cabo dentro de un permanente ejercicio de **discernimiento evangélico de los signos de los tiempos**, como el mismo Jesús lo hizo: «*Respondió entonces Jesús, y les dijo: Yo les aseguro que el Hijo no puede hacer nada por su cuenta; Él hace únicamente lo que ve hacer al Padre: lo que hace el Padre, eso también hace el Hijo. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace; y le manifestará todavía cosas mayores, de modo que ustedes mismos quedarán maravillados. Porque, así como el Padre resucita a los muertos, dándoles la vida, así también el Hijo da la vida a los que quiere.*» (Jn 5, 19-21).

Este discernimiento de los signos de los tiempos, de los signos de los planes y de la presencia del Señor en la historia (cf. GS 4. 11), la Iglesia lo entiende como «la interpretación que nace a la luz y bajo la fuerza del Evangelio, del Evangelio vivo y personal que es Jesucristo, y con el don del Espíritu Santo. De ese modo, el discernimiento evangélico toma de la situación histórica y de sus vicisitudes y circunstancias no un simple «dato», que hay que registrar con precisión y frente al cual se puede permanecer indiferentes o pasivos, sino un «deber», un reto a la libertad responsable, tanto de la persona individual como de la comunidad. Es un «reto» vinculado a una «llamada» que Dios hace oír en una situación histórica determinada; en ella y por medio de ella Dios llama al creyente; pero antes aún llama a la Iglesia, para que ... exprese su verdad perenne en las diversas circunstancias de la vida» (PDV 10). Este discernimiento, que deben hacer todas las comunidades, es el núcleo y la base de todo proceso de planeación de la evangelización.

- 73.♦ La evangelización asume la **pedagogía de Dios en la historia** de la salvación, la pedagogía de la Revelación; una pedagogía dialogal, histórica, experiencial, procesual, simbólica, por medio de obras y de palabras, etc. (cf. DGC 139-147).
- 74.♦ La evangelización se realiza **desde las mediaciones de la vida eclesial**, desde las funciones eclesiales al servicio de la Palabra (Martyria), el culto (leiturgia), la caridad (diakonía) y las experiencias comunitarias (koinonía). Estas mediaciones son los signos del Reino que toda comunidad (diocesana o parroquial) debe realizar para anunciar y dar testimonio de su presencia. La acción conjunta y articulada de estas mediaciones o funciones eclesiales garantiza precisamente una evangelización orgánica e integral. Como lo mostró el Sínodo Arquidiocesano, estas mediaciones son también dimensiones de la vida cristiana de todo discípulo de Jesús y de su comunidad; pues la fe nace y se alimenta de la Palabra, se celebra en la comunidad, pide compromisos de servicio a los hermanos, especialmente a los pobres, y se vive y crece en comunidad.
- 75.♦ La evangelización es entendida como un proceso de **inculturación**, o mejor aún, de **interculturación**⁶, del Evangelio y de la Iglesia, es decir como un proceso por medio del cual se ponen en diálogo el Evangelio, la Iglesia y las culturas y sus distintas dimensiones y dinanismos, para que haya una purificación y elevación de todo lo bueno de las mismas, así como una incorporación en la vida de la Iglesia de todos los elementos compatibles con el Evangelio. (cf. DSD 230).
- 76.♦ g) El camino de la Iglesia para su acción evangelizadora es el hombre (Cf. RH 14). Todo lo verdaderamente humano está en el corazón y en las preocupaciones de los discípulos del Señor (cf. GS 1), y es camino para llevar a cabo su misión evangelizadora. De ahí la **íntima unión entre evangelización y promoción humana** (cf. EN 31; DA 399-405). *«Todo proceso evangelizador implica la promoción humana y la auténtica liberación, sin la cual no es posible un orden justo en la sociedad... la verdadera promoción*

.....
 6 Cf. Palabra empleada ya por Benedicto XVI en su viaje a Benín, cuando es entrevistado por los periodistas, noviembre 18 de 2011.

humana debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre, desde la vida nueva en Cristo que transforma a la persona de tal manera que la hace sujeto de su propio desarrollo.» (DA 399). De ahí el valor de la solidaridad: «De nuestra fe en Cristo brota también la solidaridad como actitud permanente de encuentro, hermandad y servicio, que ha de manifestarse en opciones, y gestos visibles, principalmente en la defensa de la vida y de los derechos de los más vulnerables y excluidos, y en el permanente acompañamiento en sus esfuerzos por ser sujetos de cambio y transformación de su situación.» (DA 394).

77. ♦ Dentro de las prioridades del Reino se encuentra la **opción evangélica por los pobres**, «implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza... Todo lo que tenga que ver con Cristo, tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo (Mt 25,40)» (DA 392-393). Es una opción preferencial, pero ni exclusiva ni excluyente. Opción que implica en primer lugar reconocer su existencia y la manera como Dios nos interpela y compromete a través de ellos en nuestra vida de fe, de Iglesia y en nuestra acción evangelizadora (cf. DA 393); llegando así a convertirse, más allá de un asunto de pastoral social, en un criterio transversal de la evangelización, de su discernimiento y de su acción. Esta prioridad del Reino, como criterio de la evangelización, tiene una particular resonancia en nuestro continente latinoamericano, en nuestro país y en nuestra ciudad, marcados por las desigualdades sociales, por las dinámicas de exclusión y por diversas pobrezas que desafortunadamente se han arraigado en nuestra sociedad.
78. La evangelización será siempre una realidad rica, compleja y dinámica (cf. EN 17), de ahí que no pretendemos agotar en esta descripción toda su naturaleza; este esfuerzo de presentar una descripción de las dimensiones básicas de la evangelización y de sus criterios, responde a la necesidad de tener un punto de partida común que nos permita mantener una visión integral de todos sus elementos esenciales, y nos ayude en el esfuerzo de ponerlos en diálogo con el contexto de nuestra Arquidiócesis de Bogotá y su cultura, en orden a la elaboración de nuestro Plan de Evangelización.

g) La Nueva Evangelización

79. Siguiendo la invitación de Juan Pablo II, y ahora la convocación de Benedicto XI, hablamos de la necesidad de una “nueva evangelización”; que ha sido entendida en primer lugar como una nueva actitud o un nuevo espíritu con el cual llevar a cabo la tarea evangelizadora ante las nuevas circunstancias que vive la humanidad; un nuevo espíritu que ante la tentación de esperar que otros vengan hacia nosotros, renueve la condición misionera de la misma Iglesia⁷ que ha sido enviada para ir hacia la humanidad y evangelizarla; que ante los cambios profundos y acelerados que vive la humanidad, busque discernir la voluntad del Señor, los signos de su presencia y de sus planes en medio de estas nuevas

7 «Nueva evangelización quiere decir intensificar la acción misionera para corresponder plenamente al mandato del Señor», Benedicto XVI, Discurso a la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para la promoción de la Nueva Evangelización, mayo 30 de 2011.

realidades, y pueda sintonizar los esfuerzos eclesiales con la obra que Dios ya está realizando en este nuevo tiempo y por tanto sepa adaptar sus acciones e instrumentos evangelizadores a estas nuevas circunstancias; es un nuevo espíritu, que ante las circunstancias de alejamiento de muchos bautizados, pueda desarrollar nuevas formas para atraerlos hacia el encuentro con el Señor y renovar así su vida de fe. Como lo decía Juan Pablo II, se trata de que la acción evangelizadora se haga nueva en su ardor, nueva en sus métodos, nueva en sus expresiones, para responder a los desafíos que nos plantean los cambios culturales que estamos viviendo⁸ y renovar así la misma Iglesia.

80. Nuestro proceso de construcción del Nuevo Plan de Evangelización se enmarca dentro del contexto de “Nueva Evangelización” que vive la Iglesia universal, al ser convocada por el Santo Padre Benedicto XVI a reflexionar sobre estos desafíos en la próxima asamblea general del Sínodo de los Obispos. Nuestros esfuerzos de discernimiento y comprensión de la voluntad de Dios para nuestra Iglesia de Bogotá, con seguridad, contribuirán en este tiempo de gracia que vive la Iglesia, para comprender los caminos de esa Nueva Evangelización, y de igual manera, las experiencias y documentos preparatorios de dicha asamblea sinodal, nos ayudarán en nuestro ejercicio de planeación.

h) La Misión Continental

81. Los Obispos en Aparecida nos han convocado a una Gran Misión Continental (cf. DA 362), como oportunidad de renovación de la condición misionera de la Iglesia y de todo bautizado, que nos permita relanzar la tarea evangelizadora de la Iglesia en las nuevas circunstancias de cambio que está viviendo nuestro continente. Como primer criterio de aplicación de este esfuerzo se dice que *“la Misión Continental refuerza el plan de pastoral de cada jurisdicción eclesial, evitando ser un programa paralelo”*⁹; de ahí que en nuestra Iglesia Particular de Bogotá, la construcción de nuestro nuevo Plan de Evangelización es el instrumento concreto para llevar a cabo la Misión Continental; participar en la construcción del nuevo plan de evangelización, y luego en su ejecución, es participar en la misión continental. El nuevo Plan de Evangelización, será el instrumento para suscitar una conversión pastoral, personal y comunitaria, decididamente misionera, que nos permita renovar el encuentro con Cristo, para que en Él todos tengamos vida, objetivos de la Gran Misión Continental. En la Arquidiócesis de Bogotá, la Misión es la construcción y puesta en marcha del Plan de Evangelización y no un programa paralelo. Por eso todos los esfuerzos e iniciativas que se estaban comenzando a realizar para llevar a cabo la Misión Continental deben ser integrados al proceso de construcción de nuestro plan de evangelización. No hay una ruptura, ni un paralelismo, sino una integración de las mediaciones para alcanzar los mismos objetivos.

.....
8 Cf. Juan Pablo II, Discurso Inaugural de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano – Santo Domingo, octubre 12 de 1992, No. 6-12.

9 Sanabria, Jaime Uriel, Criterios y etapas de la misión, Colección Misión Continental Colombiana, CEC-Paulinas, Bogotá 2009, 10.

PALABRAS QUE ILUMINAN NUESTRO CAMINO

*III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano - Documento de Puebla
La Iglesia, escuela de forjadores de historia*

274. *Para los mismos cristianos, la Iglesia debería convertirse en el lugar donde aprenden a vivir la fe experimentándola y descubriéndola encarnada en otros. Del modo más urgente, debería ser la escuela donde se eduquen hombres capaces de hacer historia, para impulsar eficazmente con Cristo la historia de nuestros pueblos hacia el Reino.*

275. *Ante los desafíos históricos que enfrentan nuestros pueblos encontramos entre los cristianos dos tipos de reacciones extremas. Los «pasivistas», que creen no poder o no deber intervenir, esperando que Dios solo actúe y libere. Los «activistas», que en una perspectiva secularizada, consideran a Dios lejano, como si hubiera entregado la completa responsabilidad de la historia a los hombres, quienes, por lo mismo, intentan angustiada y frenéticamente empujarla hacia adelante.*

276. *La actitud de Jesús fue otra. En Él culminó la sabiduría enseñada por Dios a Israel. Israel había encontrado a Dios en medio de su historia. Dios lo invitó a forjarla juntos, en Alianza. Él señalaba el camino y la meta, y exigía la colaboración libre y creyente de su Pueblo. Jesús aparece igualmente actuando en la historia, de la mano de su Padre. Su actitud es, a la vez, de total confianza y de máxima corresponsabilidad y compromiso. Porque sabe que todo está en las manos del Padre que cuida de las aves y de los lirios del campo⁶⁹. Pero sabe también que la acción del Padre busca pasar a través de la suya.*

277. *Como el Padre es el protagonista principal, Jesús busca seguir sus caminos y sus ritmos. Su preocupación de cada instante consiste en sintonizar fiel y rigurosamente con el querer del Padre. No basta con conocer la meta y caminar hacia ella. Se trata de conocer y esperar la hora⁷⁰ que para cada paso tiene señalada el Padre, escrutando los signos de su Providencia. De esta docilidad filial dependerá toda la fecundidad de la obra.*

278. *Además, Jesús tiene claro que no sólo se trata de liberar a los hombres del pecado y sus dolorosas consecuencias. Él sabe bien lo que hoy tanto se calla en América Latina: que se debe liberar el dolor por el dolor, esto es, asumiendo la Cruz y convirtiéndola en fuente de vida pascual.*

279. *Para que América Latina sea capaz de convertir sus dolores en crecimiento hacia una sociedad verdaderamente participada y fraternal, necesita educar hombres capaces de forjar la historia según la «praxis» de Jesús, entendida como la hemos precisado a partir de la teología bíblica de la historia. El continente necesita hombres conscientes de que Dios los llama a actuar en alianza con Él. Hombres de corazón dócil, capaces de hacer suyos los caminos y el ritmo que la Providencia indique. Especialmente capaces de asumir su propio dolor y el de nuestros pueblos y convertirlos, con espíritu pascual, en exigencias de conversión personal, en fuente de solidaridad con todos los que comparten este sufrimiento y en desafío para la iniciativa y la imaginación creadoras.*



¿QUÉ ENTENDEMOS POR “PLAN ARQUIDIOCESANO DE EVANGELIZACIÓN”?

Visiones incompletas o erróneas

82. Dada la multiplicidad de interpretaciones que se dan a esta expresión es importante que comencemos por señalar las afirmaciones y visiones incompletas o erróneas que se tienen sobre un plan de evangelización:
- El Plan de evangelización no se necesita porque ya sabemos desde siempre el programa que hay que realizar
 - El Plan es sólo un libro más para llenar los estantes de las bibliotecas
 - El Plan es la herramienta para solucionar todos los problemas de la acción evangelizadora, puesto que nos dice exactamente lo que todos y cada uno tenemos que hacer
 - El Plan es solo un tecnicismo, que anula el Espíritu y pretende uniformarnos y encuadrarnos a todos
 - El Plan de evangelización no se necesita porque para eso está el año litúrgico
 - El Plan nos exige volver a empezar todo lo que estábamos haciendo

Ante estas visiones incompletas o erróneas de lo que es un “Plan de Evangelización”, queremos invitarlos a reflexionar sobre algunos aspectos fundamentales que sí están presentes a la hora de construir nuestro plan de evangelización.

¿Qué es un “plan arquidiocesano de evangelización”?

83. Cada Iglesia Particular lleva a cabo la misión de evangelizar, mediante un proceso de discernimiento evangélico de los signos de los tiempos, signos de la presencia y de los planes de Dios (cf. GS 4;11), que permite reconocer la voluntad del Señor para con su Iglesia en un contexto específico, y definir así un modelo de evangelización, unas opciones, objetivos, criterios y medios, al igual que el camino para llevar a cabo la evangelización en dicho contexto. A este proceso de discernimiento evangélico y pastoral, hecho de manera conjunta y que integra, articula y direcciona toda la vida de la Arquidiócesis, todas las dimensiones que abarca la evangelización, así como todos los niveles de la vida de la comunidad eclesial, lo llamamos “Plan Arquidiocesano de Evangelización”.

Este proceso lo vivimos en docilidad y animados por el Espíritu Santo, protagonista de la evangelización; desde nuestra condición de discípulos misioneros y miembros de la Iglesia; en comunión con la Iglesia Universal; para aprender a actuar como un cuerpo, de forma orgánica y articulada, con un solo corazón y una sola alma; mediante un proceso de toma de decisiones; buscando llegar a ser verdaderos servidores del Reino de Dios, presente en el territorio que comprende la Arquidiócesis de Bogotá, protagonistas y constructores eficaces de la historia y del futuro de Dios.

a) Un proceso de discernimiento evangélico realizado por la Iglesia Arquidiocesana

84. Hablamos de “plan” y de “planeación de la evangelización” como el ejercicio que hacemos los miembros de la Iglesia para discernir la voluntad de Dios en

nuestra vida y nuestra misión, en el contexto específico de la Ciudad-Región de Bogotá: «Para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza.» GS 4

85. Interpretar los signos de los tiempos, es interpretar los signos de la presencia y de los planes de Dios en medio de la historia (cf. G.S. 11) y requiere de un proceso reflexivo y de investigación, marcado por diversas preguntas. Algunas de esas preguntas son: ¿Qué está haciendo Dios Padre en esta ciudad-región? ¿Cuáles son los signos de la presencia y de los planes de Dios en esta ciudad y en los demás municipios de la Arquidiócesis de Bogotá? Y nosotros, ¿cómo podemos ayudar?, ¿cómo ponemos todos los medios que Cristo le ha dado a su Iglesia al servicio de la obra de Dios y de su reinado de vida en esta ciudad-región? ¿Qué espera Dios de su Iglesia de Bogotá? ¿Cuál es el rostro concreto de la Iglesia que Dios quiere en Bogotá y que la ciudad necesita? ¿Cuál es el rostro de la Iglesia y de la evangelización que Dios quiere para los municipios que comprende la Arquidiócesis de Bogotá? ¿Cómo podemos llegar a ser un verdadero sacramento de salvación en medio de la ciudad-región de Bogotá, que sea signo e instrumento de vida y comunión para todos? ¿Cómo está influyendo la vida de la ciudad sobre las costumbres de los habitantes de los municipios cercanos y cómo responder a esos desafíos? Preguntas que en la medida en que vayamos respondiendo nos permitirán tener un conjunto coherente de objetivos, estrategias, criterios, metas, e instrumentos que tendrán como fin orientar nuestra actividad evangelizadora.
86. Pensar en un “Plan de evangelización” es coherente con la misma pedagogía de Dios, quien ha actuado en la historia humana llevando a cabo un plan de salvación. La obra de Dios a favor de la humanidad, no responde a un capricho, sino a un plan nacido de su infinita bondad y sabiduría, para hacernos a todos partícipes de su misma vida de comunión. Jesucristo ha llevado a plenitud este plan y es Él quien, con la fuerza del Espíritu, y con la ayuda de su cuerpo que es la Iglesia, conduce esta última etapa de la historia humana haciendo de ella una historia de salvación. Un Plan de Evangelización busca reconocer ese plan que Dios está llevando a cabo y cómo lo está haciendo, para ponerse a su servicio.
- b) Para definir un modelo de evangelización, unos objetivos, criterios, medios y caminos para evangelizar en la Arquidiócesis de Bogotá**
87. Con el Plan de Evangelización buscamos definir, en sintonía con la voluntad de Dios, un modelo de evangelización para la Arquidiócesis de Bogotá; es decir, una manera concreta y específica para llevar a cabo la evangelización, en sus tres dimensiones esenciales (encuentro, comunión y transformación), pero adaptada a las circunstancias propias de la cultura de nuestra ciudad región de Bogotá, en diálogo con sus propios valores, necesidades y dinamismos. Un modelo, que en los distintos campos y escenarios donde se lleva a cabo la

evangelización, y dentro de la diversidad cultural que caracteriza nuestra ciudad y nuestros municipios, permita mantener la unidad y generar la creatividad y renovación en la aplicación de los procesos.

Bogotá y los pueblos circunvecinos experimentan a su manera el proceso de transición cultural que está viviendo la humanidad entera, y es a esta realidad específica a la que debe responder la acción evangelizadora de la Arquidiócesis en Bogotá. No basta con decir que hay que evangelizar, pues hay que comprender qué es evangelizar a y en Bogotá y los demás municipios de la Arquidiócesis; no basta con decir que hay que hacer misión, o un proceso de iniciación cristiana, pues hay que comprender primero qué significa hacer misión o iniciación cristiana en las condiciones socioculturales de los municipios de la Arquidiócesis; no basta con decir que hay que defender la justicia, pues hay que comprender lo que eso implica en una ciudad como Bogotá, con todas sus víctimas y sus procesos de democratización.

La construcción de un Plan de Evangelización nos permite hacer un ejercicio de interpretación, aplicación, adaptación o mejor aún de encarnación del Evangelio, de la Iglesia y de todas sus mediaciones, al contexto de la cultura urbana en transición que estamos viviendo. Sabemos que el programa de la evangelización es uno, y que encierra tres dimensiones esenciales, pero también sabemos que es necesario, manteniendo la comunión con la Iglesia universal, encarnarlo en el contexto específico de nuestra cultura; es necesario direccionar todas nuestras acciones para sintonizarnos con la obra concreta que Dios está ya haciendo en nuestra cultura y lo que espera de nosotros, asumiendo así una presencia y una acción evangelizadora, con un rostro concreto y encarnado.

c) Para aprender a actuar como un cuerpo, de forma orgánica y articulada, con un solo corazón y una sola alma

88. Este proceso de discernimiento y de adaptación de la acción evangelizadora a un contexto específico nos corresponde realizarlo como Iglesia Particular; es decir, debe ser construido *“con la participación de los diversos sectores del Pueblo de Dios, señalando las etapas del camino futuro y sintonizando las opciones con las de las Iglesias cercanas y con las de la Iglesia Universal.”* NMI 29
89. La planeación es un proceso que busca involucrar a todos – laicos, ministros ordenados, religiosos-, tanto en el discernimiento como en la puesta en marcha; siendo consecuentes con la condición orgánica de la Iglesia, llamada a actuar como Cuerpo de Cristo, tal como lo señalaba San Pablo: *«Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. Así también el cuerpo no se compone de un solo miembro, sino de muchos.»* (1Cor 12,12-14).
90. Ya los Obispos latinoamericanos reunidos en Puebla, habían hablado sobre la planificación de la evangelización en estos términos: *“La acción pastoral planificada es la respuesta específica, consciente e intencional, a las necesidades de la evangelización. Deberá realizarse en un proceso de participación en todos los*

niveles de las comunidades y personas interesadas, educándolas en la metodología de análisis de la realidad, para la reflexión sobre dicha realidad a partir del Evangelio; la opción por los objetivos y los medios más aptos y su uso más racional para la acción evangelizadora.” DP 1307

91. Por esto hablamos del plan arquidiocesano como un instrumento para convocar a todos los fieles cristianos, asociaciones, comunidades y organismos de nuestra Iglesia Arquidiocesana de Bogotá, y promover así la comunión, el sentido de pertenencia y la participación de todos en la tarea evangelizadora, manteniendo la unidad en la diversidad y la diversidad en la unidad; manteniendo una visión global y de conjunto, pero actuando localmente y desde nuestros carismas ministerios y vocaciones específicas.
92. Buscamos que cada acción, cada proceso, cada servicio que realice la Iglesia, se organice o se haga teniendo presente unos objetivos y unos criterios comunes, generando así una acción evangelizadora diversificada, pero con unidad y organicidad; una acción evangelizadora articulada y convergente con las condiciones propias de los hombres y mujeres de nuestra Arquidiócesis. Por eso se habla también de un “plan global”, ya que involucra a toda la Iglesia en su conjunto y al contexto que abarca el territorio de la Arquidiócesis.

d) Y para que, animados por el Espíritu y desde nuestra condición de miembros de la Iglesia Arquidiocesana, llegemos a ser verdaderos servidores del Reino de Dios, constructores eficaces de nuestra historia, auténticos discípulos misioneros del Señor

93. La planeación de la evangelización se realiza reconociendo que, como discípulos misioneros, estamos llamados a ser constructores de la historia, no simples espectadores que vemos cómo pasan los cambios, sino que participamos con la fuerza y la sabiduría de Dios en la construcción de nuestro mundo. Realizamos así la vocación de la Iglesia a ser «escuela donde se eduquen hombres capaces de hacer historia, para impulsar eficazmente con Cristo la historia de nuestros pueblos hacia el Reino.» (DP 274) Esto está a la base de nuestra opción por el método prospectivo, estratégico, del cual hemos hablado antes.
94. El Documento de Aparecida al referirse a la pastoral en las grandes ciudades afirma: «Para que los habitantes de los centros urbanos y sus periferias, creyentes o no creyentes, puedan encontrar en Cristo la plenitud de la vida, sentimos la urgencia de que los agentes de pastoral en cuanto discípulos misioneros se esfuercen en desarrollar: b) Un plan de pastoral orgánico y articulado que integre en un proyecto común a las parroquias, comunidades de vida consagrada, movimientos e instituciones que inciden en la ciudad y que su objetivo es llegar al conjunto de la ciudad.» DA 518b Los desafíos que la cultura urbana le está haciendo a la evangelización, los queremos asumir desde este instrumento, para no ser sólo expectadores de los cambios que vive nuestras ciudades y municipios, sino constructores de una nueva sociedad.

e) Proceso que se plasma en un texto escrito, conocido por todos, y punto de referencia para todas las acciones evangelizadoras

95. La riqueza del proceso se plasma en un documento que recoge los aspectos más significativos del camino recorrido: la mirada sobre la realidad, el modelo

ideal de evangelización que buscamos construir, el diagnóstico y los objetivos generales resultantes del discernimiento hecho a la luz de la Palabra de Dios, los criterios y las líneas de acción que queremos asumir, los caminos y etapas que se van a recorrer y alcanzar. Este plan permitirá luego hacer el ejercicio de la “planificación” de todas las etapas que se determinen, así como la programación año tras año, de acuerdo con las respectivas evaluaciones y modificaciones que se hagan. Este documento será punto de referencia para todos.

¿Cuál es el sentido profundo de construir un “plan de evangelización”?

96. Un plan de evangelización, dependiendo de la manera como sea asumido por los miembros de la Iglesia, puede llegar a ser un verdadero instrumento que genere un proceso y un dinamismo de comunión y de misión, que integre los espíritus y las iniciativas en una acción evangelizadora conjunta, y que nos permita sintonizarnos, a pesar de la diversidad de espacios y actividades que estemos realizando; puede llegar a ser un instrumento para que toda nuestra acción evangelizadora sea asumida desde una actitud permanente de corresponsabilidad, buscando dar una respuesta pertinente, inteligente y eficaz a las necesidades y desafíos que nos plantea la evangelización.
97. Al reconocer en nuestro caminar como Iglesia Arquidiocesana los clamores de muchos por una acción evangelizadora más articulada, más en unidad pastoral, más convergente con la vida y circunstancias de nuestra ciudad-región, más comprometida con sus profundas necesidades de humanización y de trascendencia, queremos que este esfuerzo que venimos haciendo por construir juntos un nuevo Plan de Evangelización de la Arquidiócesis, sea la ocasión para vivir una conversión pastoral, para aprender juntos una nueva manera de evangelizar, una ocasión para despertar y revitalizar, en sintonía con las orientaciones de Aparecida, nuestro compromiso evangelizador en medio de las nuevas circunstancias locales, nacionales y globales en las que vivimos. Queremos entender esta iniciativa como un re-encuentro con Jesucristo, como el que vivieron los discípulos de Emaús, que nos lleve a revitalizar nuestro modo de ser católicos y nuestro compromiso evangelizador como bautizados. Queremos avivar la dimensión misionera de nuestra fe de tal manera que podamos decir todos como San Pablo: «Porque evangelizar no es para mí motivo de gloria: es más bien un deber que me incumbe. Y ay de mí si no evangelizo» 1Cor 9, 16.
98. El Nuevo Plan de Evangelización que estamos construyendo, quiere ser entonces un instrumento para vivir la conversión de una evangelización de conservación a una evangelización decididamente misionera, que nos haga salir al encuentro y al diálogo con otros, que nos haga ser como comunidad eclesial una casa que acoge y una escuela permanente que promueve la comunión y la misión; que nos lleve a asumir la actitud del Buen Samaritano, haciéndonos prójimo de la ciudad y de nuestros municipios, de sus iniciativas y búsquedas de convivencia humana, y también de las víctimas que alberga y ella misma genera.
99. Por tanto la construcción del Plan y su puesta en marcha exige de nosotros la mejor actitud, la actitud de apertura al cambio, de conversión y de compromiso; la actitud de fe y confianza en el Espíritu que nos conduce; la actitud de amor por el Reino y por nuestra Iglesia.

«No se puede proceder ciegamente en la tarea pastoral, el apóstol no es uno que corre sin rumbo o que lanza golpes al aire (cfr. 1 Cor 9,26); no se deja llevar por la comodidad o por hacer lo primero que se le ocurra. Una sapiente planificación puede ofrecer a la Iglesia un medio eficaz y hacer más fácil el trabajo pastoral... La planificación impone selecciones y comporta tal vez renunciaciones, aún a lo mejor; es un cultivo intenso que se limita a lo esencial, que obliga a omitir otros cultivos quizá bellos, pero limitados y superfluos. El plan de pastoral tiene que establecer las metas que se persiguen, fijar los criterios de selección y de prioridad entre las múltiples necesidades apostólicas y tener en su debida cuenta los elementos, personal y medios, de que se dispone.» Pablo VI, Discurso en el X aniversario del CELAM, noviembre 23 de 1965

¿QUÉ EXIGE DE NOSOTROS PONER EN MARCHA EL PLAN?

100. Como lo expresan los Obispos en Aparecida, la fe católica y la misma acción evangelizadora de la Iglesia se han visto reducidas a «un elenco de algunas normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de verdades de fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados. Nuestra mayor amenaza es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en la cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad.» DA 12 Ante este panorama es indudable que el propósito de construir un nuevo Plan de Evangelización y con ello asumir una nueva manera de vivir la fe y de evangelizar, exige una actitud de conversión personal y pastoral; una actitud de revisión de nuestra propia vida y de lo que se viene haciendo, de la manera como se está haciendo, frente a las exigencias del Evangelio, para ajustarlo a las nuevas circunstancias en que vivimos.

a) Conversión personal

101. «A la beata Madre Teresa le preguntaron una vez cuál sería, según ella, lo primero que se debería cambiar en la Iglesia. Su respuesta fue: Usted y yo.»¹⁰ Construir nuestro nuevo Plan de Evangelización requiere de nosotros, en primer lugar, la capacidad de renovar nuestra propia identidad, es decir, de revitalizar nuestro modo de ser católicos y nuestras opciones personales por el Señor Jesucristo. Renovación que sólo es posible desde un re-encuentro con el mismo Señor, que nos ayude a tomar conciencia de nuestra identidad como hijos amados de Dios Padre, discípulos y misioneros suyos, testigos e instrumentos de la fuerza del Espíritu para transformar el mundo. En la medida en que reconocemos la capacidad del Evangelio para renovar nuestra propia vida, podremos ser testigos auténticos y servidores de ese mismo Evangelio presente en la historia de todos los que viven en nuestra ciudad y en la región que la rodea.

10 Benedicto XVI, Discurso a los católicos comprometidos en la Iglesia y en la sociedad, Friburgo de Brisgovia, septiembre 25 de 2011.

102. Construir un Plan de Evangelización exige por tanto apertura interior para dejarnos trabajar por el Espíritu Santo, que quiere llevarnos a ese renovado encuentro con Jesucristo, haciéndonos más semejantes a Él; quiere ayudarnos a cambiar nuestra mirada, nuestra actitud y nuestra relación con el mundo actual, para darle un nuevo rostro a su Iglesia. Hoy más que nunca necesitamos la fuerza del Espíritu que nos enseñe a acoger a Dios que habita en el interior y quiere transformar nuestra existencia, para hacernos servidores de los demás; necesitamos aprender a ser comunidades que vivimos acogiendo el Espíritu de Dios y con su ayuda discerniendo y poniendo en práctica su voluntad transformadora en medio de los demás (cf. DA 149-153). Los grandes cambios socioculturales que estamos viviendo exigen de nosotros como evangelizadores, en primer lugar una gran fidelidad al Espíritu de Jesucristo: un esfuerzo permanente de revisión sobre la manera como, personal y comunitariamente, estamos acogiendo el Espíritu del Señor; una gran sintonía con el Espíritu, para reconocer los nuevos caminos por los cuales Dios se está acercando a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, para ser respuesta a sus profundos interrogantes.
103. Nuevas estrategias o estructuras pueden ser estériles sin corazones nuevos que las llevan a cabo; de ahí que la conversión viene como fruto del cultivo de la vida interior, de la vida de oración y del Espíritu. *«El discípulo y misionero, movido por el impulso y el ardor que proviene del Espíritu, aprende a expresarlo en el trabajo, en el diálogo, en el servicio, en la misión cotidiana ... La vida en el Espíritu no nos cierra a una intimidad cómoda, sino que nos convierte en personas generosas y creativas, felices en el anuncio y el servicio misionero. Nos vuelve comprometidos con los reclamos de la realidad»* (DA 284-285). Es la vida en el Espíritu la que nos permitirá vivir el criterio central de la conversión que nos señala Aparecida: someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de la Vida (cf. DA 366). Se necesitan nuevos evangelizadores para una nueva evangelización.

b) Conversión pastoral

104. Junto a la conversión personal, se requiere una conversión pastoral; una conversión en la manera como estamos acostumbrados a llevar a cabo la acción evangelizadora, un cambio en sus paradigmas, formas, criterios, mediaciones y estructuras, para que el único programa del Evangelio, se anuncie y se lleve a cabo en las nuevas circunstancias de nuestro mundo, de nuestra ciudad-región. Así como en el anterior Plan Global de Pastoral aprendimos el valor de mirar al borde del camino, con los ojos y el corazón del Buen Samaritano, los nuevos desafíos del tiempo que vivimos nos exigen ahora nuevas conversiones que debemos estar dispuestos a vivir.
105. Esta “conversión pastoral” encuentra su fuente de inspiración, tanto en el renovado encuentro con Cristo, como en el renovado encuentro con el mundo, con lo que sucede en el contexto histórico cultural donde la Iglesia vive y actúa: *«La pastoral de la Iglesia no puede prescindir del contexto histórico donde viven sus miembros... De allí nace la necesidad, en fidelidad al Espíritu Santo que la conduce, de renovación eclesial que implica reformas espirituales, pastorales y también institucionales»*. (DA 367). El encuentro con el mundo, nos permite reconocer el

dinamismo del Espíritu y la manera como va mostrando y suscitando el Reino de Dios, así como va denunciando las realidades que le son contrarias. La conversión pastoral implica entonces un cambio en nuestra mirada sobre la realidad, a la cual nos acostumbramos; un cambio en la mirada sobre la violencia urbana, las graves divisiones sociales, las dinámicas excluyentes que vemos todos los días en nuestra ciudad o en nuestra región; la conversión pastoral nos lleva de la escucha atenta y de la actitud de diálogo a la toma de posición evangélica frente a la realidad y al compromiso evangelizador.

106. La conversión pastoral implica también pasar de la condición de simples administradores de lo que ya existe (DA 201) a la de quienes salen constantemente a evangelizar; «pasar de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera ... haciendo que la Iglesia se manifieste como madre que sale al encuentro..., una escuela permanente de comunión misionera» DA 370. Buscando así que la pastoral ordinaria en todas sus instancias se vuelva más expansiva, centrífuga, que favorezca la incorporación de nuevos miembros y ponga a los agentes en actitud de salida. Una reforma profunda de toda la Iglesia para que esté mucho más inserta en el corazón del mundo con el primer anuncio que reorienta la vida de las personas. Esto supone vencer las actitudes cerradas y autodefensivas, actitudes de miedo, tendencias a encerrarse en los métodos antiguos, que sólo esconden los sentimientos de impotencia ante las nuevas realidades (Cf. DA 513).
107. La conversión hacia una evangelización más misionera «debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos, y de cualquier institución de la Iglesia. Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe.» DA 365 La opción es tanto por la generación de acciones específicamente misioneras, que tanta falta nos hacen en las nuevas circunstancias, como por un estado permanente de misión (Cf. DA 551); esto conlleva el cambio de paradigmas a los que estábamos acostumbrados y el cambio de estructuras, para favorecer aquellas que contribuyen a una verdadera actitud misionera.

c) Aprender a trabajar por objetivos y en procesos diversificados

108. Construir nuestro Plan de Evangelización es una oportunidad para aprender a trabajar por objetivos y procesos en la evangelización. La Revelación no ha sido un proceso improvisado, ni fruto de la casualidad; por el contrario Dios fue manifestándose a sí mismo y su amor misericordioso mediante un proceso que llevó muchos años, muchas mediaciones, hasta la venida del Señor Jesucristo; tenemos la oportunidad entonces de aprender de la pedagogía del Señor a trabajar discerniendo y definiendo los objetivos de la acción evangelizadora y los medios y procesos más adecuados para llevarlos a cabo.
109. En algunos casos sucede que se confunde un plan de pastoral o de evangelización con un cronograma, pensando que definir unas actividades y la creación de algunos grupos es tener unos “objetivos de evangelización”. Sin embargo, los “objetivos de la evangelización” van más allá, pues responden a la pregunta ¿qué

espera Dios de nosotros en esta realidad específica? o ¿cómo podemos servir a su Reino presente en este contexto específico, desde las mediaciones y servicios que tenemos en la Iglesia? Por tanto los objetivos se refieren a una visión de conjunto sobre nuestra presencia y acción eclesiales, frente a la obra que Dios ya está haciendo en medio de esa realidad. Teniendo presentes los objetivos nos preguntaremos luego ¿cómo adaptamos los medios que tenemos en la Iglesia: la catequesis, las celebraciones, los grupos, el servicio que realizamos, etc. para que sirvan a la obra que Dios está haciendo en esta comunidad específica, en medio de sus valores y necesidades? No se trata de hacer catequesis por hacer catequesis, o de hacer comunidades por hacer comunidades, sino de pensar cómo esa catequesis, cómo esas comunidades, se ponen al servicio del Reinado de Dios que está aconteciendo en ese lugar, en ese ambiente, en ese ambiente humano específico. Una cosa son entonces los fines de la evangelización y otra los medios de la evangelización. Una cosa es hacer catequesis de iniciación cristiana y otra es hacer una catequesis de iniciación que sirva a la obra que Dios está haciendo en un barrio, en un pueblo, en una universidad, ante sus valores y problemáticas y necesidades específicas. Una cosa es hacer actividades y otra cosa es que esas actividades sean evangelizadoras.

110. Cuando hablamos de trabajar por objetivos y por procesos también pensamos en el manejo del tiempo y en el futuro que buscamos, pero que vamos construyendo paso a paso, definiendo metas parciales para alcanzar un día los objetivos generales. Se hace necesario aprender a vencer la tentación del estilo contemporáneo de la vida que puede introducirse en la evangelización y que puede llevar a pensar sólo en lo inmediato, lo rápido, en el presente sin una consideración del futuro, el cual se ve con escepticismo. La complejidad de la vida en la ciudad, y más recientemente de la vida del campo, y la falta de definir los procesos evangelizadores a largo plazo nos han llevado a estar atendiendo lo “urgente”, descuidando lo “importante” y entonces no hay tiempo para pensar y discernir más nuestra acción evangelizadora, para diseñar procesos, para idear con creatividad nuevos métodos, nuevas propuestas de catequesis que respondan a las situaciones específicas, de animación litúrgica, de servicio social; y entonces, sin buscarlo, sencillamente terminamos haciendo lo mismo de siempre. Pero cuando comprendemos la verdadera dimensión de lo que estamos haciendo y de lo que buscamos, cuando recordamos que la evangelización tiene como fin el encuentro con Cristo para generar desde Él una transformación evangélica de la cultura, y no simplemente una labor decorativa o de entretenimiento (cf. EN 20), nos damos cuenta que el tiempo y los procesos son fundamentales, que es necesario definir metas parciales, que luego, con el tiempo y el trabajo constante nos permitan alcanzar nuestros objetivos a largo plazo, rescatando la capacidad del Evangelio para crear nuevas culturas e influir positivamente en las ya existentes. Comprendemos que debemos tener el espíritu del sembrador, para saber preparar la tierra, sembrar la semilla, acompañar el crecimiento y aguardar la cosecha.
111. Cuando hablamos de aprender a trabajar por objetivos y en procesos, sin dejar de reconocer el protagonismo del Espíritu Santo, también reconocemos la responsabilidad en la mediación que prestamos a la gracia de Dios y la necesidad de aprender a evaluar nuestras acciones evangelizadoras; reconociendo las

metas alcanzadas, las deficiencias y los errores cometidos, pero sobretodo reconociendo la importancia de ir mejorando, construyendo con creatividad e inteligencia los mejores procesos y metodologías que nos permitan servir a la gracia del Señor, desde nuestra pequeñez.

112. Tenemos entonces, delante de nosotros, la oportunidad de seguir aprendiendo, como lo hemos venido haciendo en los últimos años, a discernir y definir nuestros objetivos en la tarea evangelizadora, aprender a direccionar y adaptar nuestros medios para alcanzar esos objetivos, aprender a definir metas intermedias, para luego alcanzar metas más lejanas, manteniendo la paciencia histórica y la perseverancia en las acciones a lo largo del tiempo. Preguntarnos por la eficacia de nuestras acciones, por la eficiencia en el uso de nuestros medios, antes que desconocer la obra del Espíritu, es aceptar la responsabilidad de lo que está en nuestras manos y por lo que debemos dar cuenta a nuestro Señor; es perfeccionar y enriquecer la mediación humana y eclesial para que brille más la obra de Dios desde la pequeñez de nuestras acciones.

d. Aprender a trabajar en comunión

113. Otra de las oportunidades que nos brinda la construcción y puesta en marcha de nuestro Plan Arquidiocesano, es el continuar aprendiendo a trabajar en la evangelización como un cuerpo, en el cual hay muchos miembros, pero todos contribuyen, cada uno desde su lugar y capacidades, a sacar adelante los objetivos asumidos, manteniendo un solo corazón y una sola alma, como nos lo enseñó el Señor: *«Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado.»* Jn 17, 21.
114. La fuerte influencia de un mundo que exalta las individualidades sobre lo comunitario, con frecuencia nos pone ante la tentación de querer hacer las cosas solos, desconectados, desarticulados o simplemente pensando en los intereses de un grupo por encima del bien de toda la comunidad. El paradigma al que nos hemos acostumbrado hace que no valoremos suficientemente los procesos comunitarios que ayudan para ponernos de acuerdo con otros sobre los objetivos, los medios, los mecanismos para llevar a cabo las cosas, y entonces terminamos tomando una vía rápida de decisiones sin consulta, ni discernimiento, haciendo muchas cosas, pero cada uno “por su lado”; olvidando que el sujeto auténtico de la evangelización es la comunidad. De ahí la necesidad, como lo afirmó Juan Pablo II, de trabajar por una espiritualidad de la comunión que nos lleve a saber “dar espacio” a los otros, a llevar mutuamente la carga de los otros, a rechazar las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, desconfianzas y envidias, en nuestra acción evangelizadora. *«No nos hagamos ilusiones, dice el Papa, sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento.»* NMI 43. Somos una comunidad de discípulos misioneros y como comunidad debemos aprender a actuar, pues la buena nueva de la que somos testigos e instrumentos es una buena nueva de comunión con los hermanos y con Dios. Poner en marcha el anterior Plan Global de Pastoral nos llevó a caminar juntos, a integrar nuestras acciones, pero la

complejidad cada vez mayor de nuestra ciudad nos sigue exigiendo una mayor articulación, pues sólo puede ser abordada por un trabajo en conjunto, donde las potencialidades y riquezas de cada uno de los miembros de la Iglesia entren en una sinergia, es decir en una acción conjunta que realmente influya y que es más que la simple suma de la acción de todos.

114. Este sentido de comunión y de trabajo en equipo, debemos además aprender a vivirlo en la complementariedad de los diversos niveles, en los cuales se realiza; cultivar el sentido de pertenencia a la Iglesia universal, a la Iglesia Arquidiocesana, a la parroquia, a la pequeña comunidad y a la familia, así como fomentar su interacción y participación.

e) Aprender a discernir para hacer convergente (inculturar) nuestra acción evangelizadora con la cultura urbano-rural de los habitantes de la Arquidiócesis.

115. *«Se notan actitudes de miedo a la pastoral urbana; tendencias a encerrarse en los métodos antiguos y de tomar una actitud de defensa ante la nueva cultura, de sentimientos de impotencia ante las grandes dificultades de las ciudades»* DA 513 Con estas palabras, los Obispos en Aparecida llamaban la atención sobre las resistencias que generan los grandes desafíos que nos plantean, a la presencia y a la tarea evangelizadora de la Iglesia, las grandes ciudades como Bogotá. Ya el Sínodo Arquidiocesano nos había señalado dentro de sus resoluciones, ante el distanciamiento que se percibía frente a la urbe, la necesidad de acercarnos a la cultura urbana, a sus particularidades y diferencias para generar un auténtico proceso de evangelización inculturado. Hoy tenemos que reconocer que dicho distanciamiento aún sigue existiendo, que a muchas de nuestras acciones evangelizadoras les sigue haciendo falta un proceso de inculturación, de diálogo con la cultura urbana, para que realmente alcancen los objetivos deseados.
116. Somos herederos de un paradigma de acción evangelizadora generado para un mundo rural estático, marcado por el sentido cíclico del tiempo, por la estabilidad en la identidad y en las relaciones, por la monoculturalidad, por los valores religiosos como únicos generadores de sentido; un mundo determinado por la influencia de la familia, la escuela y la Iglesia, espacios sociales donde se transmitía y legitimaba dicha cultura. Hoy, ese mundo ha cambiado y ha dado paso a una nueva realidad social, determinada por lo individual, la movilidad, la multiculturalidad, el poder de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación (tics); una nueva realidad social donde los valores se generan e interpretan de diversas maneras, donde lo religioso se ha transformado, se ha separado de lo institucional y no es referente en la organización social. Una nueva realidad social que genera una nueva manera de vivir, de afrontar la vida, de ser un ser humano. Las grandes ciudades son la matriz de esta nueva realidad humana y social y por eso son el lugar donde primero se siente la crisis de la forma tradicional de evangelizar, y en general, de ser católicos. Los pueblos y campos no permanecen al margen de estos cambios sino que también se ven impactados por las transformaciones, sobretudo por la influencia de los medios de comunicación sobre la juventud, que cada día piensa más en la posibilidad de emigrar hacia la ciudad. Pero también este nuevo contexto urbano o rural es hoy un lugar para generar un nuevo paradigma de evangelización, una

nueva manera de ser discípulos y evangelizadores, que muestre la vitalidad del Evangelio para responder a los interrogantes del ser humano, más allá de los cambios que ha vivido y seguirá viviendo la familia humana.

117. Este desafío que vive la Iglesia Universal, lo debemos afrontar como Iglesia Particular. Estamos llamados a discernir y generar una nueva manera de evangelizar, conforme a la manera original y propia como Bogotá está viviendo el proceso de transición cultural y de globalización. Es necesario discernir la manera como ha surgido una cultura moderna y secular, como permanecen muchos elementos de la cultura tradicional y como se han mezclado a nuevas características que han surgido como reacción a la cultura moderna – llamadas por algunos “cultura posmoderna y postsecular”. Y es necesario hacer un proceso de discernimiento de nuestra cultura para reconocer el cambio que vive en sus expresiones, sus valores, sus imaginarios, y poder así encarnar en estas nuevas circunstancias el Evangelio; captar los valores del Reino presentes en estas nuevas realidades, comprender las nuevas lógicas, éticas y estéticas, para poder generar nuevas formas de hacer un primer anuncio, de llevar a cabo procesos de catequesis diversificados, de hacer una formación permanente de la fe, teniendo presente el sujeto urbano con el cual interactuamos, el ambiente dentro del cual vive su vida cristiana.
118. Como comunidad eclesial debemos aprender a vivir en este proceso permanente de discernimiento y generación de acciones evangelizadoras inculcadas en nuestro contexto. Debemos tener presente al sujeto urbano a quien le estamos proponiendo el Evangelio y con quien estamos haciendo comunidad. Debemos aprender a reconocer el proceso de transformación que está viviendo la cultura de los municipios que rodean Bogotá por el occidente y cuyos habitantes hacen parte de nuestra arquidiócesis: La Calera, Fómez, Choachí, Ubaque, Cáqueza, Une, Chipaque, Fosca, Quetame, Gutiérrez y Guayabetal, para saber inculcar el Evangelio en estos nuevos contextos en transformación. Todos debemos aprender a discernir nuestra propia cultura para entrar en diálogo evangelizador con los otros, proponiendo una nueva manera de ser católicos, de ser evangelizadores. El proceso de construcción de nuestro nuevo Plan de Evangelización debe ser entonces un instrumento para aprender a inculcar el Evangelio, ayudándonos a todos a ser más convergentes con el mundo de hoy, a renovar nuestra condición misionera en las condiciones de nuestra ciudad-región.

f) Cultivar la espiritualidad de la evangelización

Espíritu misionero

119. «Jesús se acercó a ellos y les habló así: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.» Mt 28,18-20

En primer lugar debemos recordar que todo lo que estamos haciendo y queremos hacer, lo hacemos porque el Señor Jesús nos sigue llamando y

enviado, como sus discípulos misioneros, a evangelizar; y confiados en su promesa de permanecer siempre con nosotros, nos lanzamos en este propósito de ser fieles al Señor y a los hombres y mujeres de nuestra arquidiócesis, para quienes el Señor quiere vida en abundancia.

Espíritu de contemplación y discernimiento

120. *«Las Iglesias, pues, se afianzaban en la fe y crecían en número de día en día. Atravesaron Frigia y la región de Galacia, pues el Espíritu Santo les había impedido predicar la Palabra en Asia. Estando ya cerca de Misia, intentaron dirigirse a Bitinia, pero no se lo consintió el Espíritu de Jesús. Atravesaron, pues, Misia y bajaron a Tróada. Por la noche Pablo tuvo una visión: Un macedonio estaba de pie suplicándole: «Pasa a Macedonia y ayúdanos.» En cuanto tuvo la visión, inmediatamente intentamos pasar a Macedonia, persuadidos de que Dios nos había llamado para evangelizarles. Nos embarcamos en Tróada y fuimos derechos a Samotracia, y al día siguiente a Neápolis; de allí pasamos a Filipos, que es una de las principales ciudades de la demarcación de Macedonia, y colonia.»* Hch 16,5-12.
- Debemos recordar que lo que estamos haciendo es un gran proceso de discernimiento comunitario, que comienza por un compromiso personal de discernimiento sobre la propia vida, un compromiso de cambio de mentalidad para poder reconocer en medio de la realidad los signos la voluntad de Dios y buscar juntos lo que es bueno, lo que agrada a Dios y lo que es perfecto ante sus ojos, y para asumirlo como norma para nuestra misión. Esta capacidad de discernir es un don del Espíritu Santo que hay que pedir, y que requiere la humildad para no buscar nuestra voluntad sino la docilidad a las inspiraciones del Espíritu, en la propia vida y en la acción evangelizadora.

Espíritu de libertad interior y valentía

121. *«Cuando llegaron donde Pablo, él les dijo: ... Mirad que ahora yo, encadenado en el espíritu, me dirijo a Jerusalén, sin saber lo que allí me sucederá; solamente sé que en cada ciudad el Espíritu Santo me testimonia que me aguardan prisiones y tribulaciones. Pero yo no considero mi vida digna de estima, con tal que termine mi carrera y cumpla el ministerio que he recibido del Señor Jesús, de dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios.»* Hch 20, 22-24.

La evangelización requiere una gran libertad interior y valentía, que viene, como en San Pablo, de la consciencia de la propia identidad y de la aceptación de la misión que se ha recibido del Señor Jesucristo. Libertad que permite afrontar los desafíos y superar los obstáculos que aparecen en el camino, así como hacer los sacrificios necesarios. Renovar nuestra Iglesia Arquidiocesana de Bogotá y su acción evangelizadora requiere de nosotros un gran espíritu de libertad interior y de valentía, como el que acompañó a los primeros evangelizadores y que sólo el Espíritu del Señor nos puede dar.

Espíritu de esperanza y perseverancia

122. *«Crispo, el jefe de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa; y otros muchos corintios al oír a Pablo creyeron y recibieron el bautismo. El Señor dijo a Pablo*

durante la noche en una visión: “No tengas miedo, sigue hablando y no calles; porque yo estoy contigo y nadie te pondrá la mano encima para hacerte mal, pues tengo yo un pueblo numeroso en esta ciudad.” Y permaneció allí un año y seis meses, enseñando entre ellos la Palabra de Dios.» Hch 18, 8-11. Las palabras del Señor Jesucristo a Pablo reavivan su esperanza y lo animan a continuar en su misión evangelizadora, ante la complejidad que la ciudad de Corinto le presenta; porque como lo dice el Señor, la labor del apóstol viene en ayuda de la obra que Él ya está haciendo. Al buscar la renovación de nuestra acción evangelizadora debemos partir de la certeza de nuestra fe, que nos enseña cómo Dios ya vive en la ciudad y está realizando su obra de salvación, para reconocer con humildad que estamos al servicio del Señor y de su obra en nuestros hermanos.

Espíritu de oración y humildad

123. «Yo os digo: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué padre hay entre vosotros que, si su hijo le pide un pez, en lugar de un pez le da una culebra; o, si pide un huevo, le da un escorpión? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!» Lc 11, 9-13

Dios conduce a su pueblo, sobretodo por la acción de su Espíritu entre nosotros; por eso el protagonista principal de este proceso debe ser el Espíritu Santo y de ahí que la oración permanente implorando su asistencia, su iluminación, su sabiduría, su fortaleza es fundamental. Todos debemos estar orando constantemente, con confianza y devoción, para que nuestras acciones y decisiones, siempre limitadas, sean conformes a la voluntad de Dios, y para que nosotros seamos dóciles a las inspiraciones del Espíritu que nos conduce.

Espíritu de amor y de comunión

124. «La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era en común entre ellos» (Hch 4, 32). Para llevar hasta el final nuestro propósito necesitamos recordar que estamos viviendo un proceso comunitario, en el que estamos aprendiendo a vivir con un solo corazón y una sola alma, y en el cual estamos dando hasta ahora los primeros pasos. Esto nos exige no perder la mirada de conjunto, para comprender que los talleres, los momentos de oración, las reuniones, hacen parte de un todo, que poco a poco iremos viendo. Como se decía en el Documento de Convocación, hemos iniciado un proceso de aprendizaje, de comunicación, de aprender a trabajar juntos, de participación, a través del cual vamos construyendo algo que es más grande que nosotros, pero que se inicia desde el compromiso personal de amar, de aportar, de participar, de involucrarnos. Los resultados los vamos a ir viendo, pero con el paso del tiempo, puesto que lo que buscamos no es solamente una nueva organización de la vida de la Arquidiócesis, sino una conversión de nuestros paradigmas para llevar a cabo la evangelización.

125. «Así, llevados de nuestro amor por vosotros, queríamos no sólo daros el Evangelio de Dios, sino aún nuestras propias vidas: tan amados vinisteis a sermos» (1Tes 2,8). Junto

al espíritu de comunión con la familia eclesial, debemos cultivar un verdadero amor fraternal hacia aquellos a quienes queremos compartir el Evangelio; a los hombres y mujeres, jóvenes y adultos, niños y abuelos, que viven sus vidas en la ciudad de Bogotá y en los municipios que integran la Arquidiócesis. Somos testigos de la Buena Noticia del Amor Misericordioso de Dios por toda la humanidad, y sólo el amor vivido y expresado es el signo que nos hace dignos de ser escuchados y acogidos, instrumentos del amor de Dios.

En conclusión, los planes son estériles sin corazones nuevos, de ahí que la renovación que buscamos de nuestra Iglesia Arquidiócesana y de nuestra evangelización viene sobretodo como fruto del cultivo de la vida interior, de la vida de oración y del Espíritu. Sabemos que no son los documentos o las normas los que cambian la realidad, sino gente llena de mística que actúa, como una verdadera comunidad evangelizada y evangelizadora, con un solo corazón y una sola alma, al servicio de la obra salvífica del Señor; el plan sólo será nuestro mapa para el camino. Caminemos entonces juntos como nuevos evangelizadores que buscan hacer una nueva evangelización, comunicando por doquier, por desborde de gratitud y de alegría, el don del encuentro con Jesucristo y buscan participar con Él en la expansión de su Reino de Vida plena para todos.



NUESTRO SÍMBOLO



La letra E grande a la izquierda identifica la razón que nos convoca y que es criterio de todos nuestros trabajos y esfuerzos: la Evangelización: «Porque evangelizar no es para mí motivo de gloria: es más bien un deber que me incumbe. Y ay de mí si no evangelizo» 1Cor 9, 16

La palabra “Plan” dentro de la letra E indica que el objeto del proceso de planeación es la misma acción evangelizadora, es decir, el conjunto de todas las acciones de la Iglesia, en cumplimiento del mandato recibido del mismo Señor Jesucristo: «Id, pues y haced discípulos a todas las naciones bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado.» Mt 28, 19-20.

A la derecha se encuentra una silueta de la Ciudad de Bogotá, caracterizada tanto por sus cerros tutelares, como por sus edificios y grandes construcciones. En medio de la ciudad y como parte de ella, se encuentra un Cirio Pascual encendido, que está irradiando una gran luz, que ilumina toda la ciudad. Es el signo de la presencia actuante de Cristo Resucitado en la vida de la ciudad y es el signo de la presencia de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, al servicio de esa presencia del Señor: «El Señor dijo a Pablo durante la noche en una visión: “No tengas miedo, sigue hablando y no calles; porque yo estoy contigo y nadie te pondrá la mano encima para hacerte mal, pues tengo yo un pueblo numeroso en esta ciudad.» Hch 18,9-10.

El símbolo en su conjunto nos habla del proceso que queremos realizar para discernir lo que debe ser nuestra presencia como Iglesia evangelizadora en medio de la ciudad en los próximos años, a la luz del futuro que Dios quiere para nosotros y de los desafíos que el presente mismo nos plantea.



Arquidiócesis de Bogotá

Vicaría de Evangelización

www.arquibogota.org.co



[www.plan**PLAN**bogota.com](http://www.planPLANbogota.com)